

# Carlos II

## Sus "tercianas", hechizos y dolencias

POR EL DOCTOR

CARLOS RICO-AVELLO Y RICO

---

De nuevo la clínica egregia retrospectiva ocupará nuestra atención. Es ahora el último de los Austrias, Carlos II, el estudiado a través de algunos documentos y papeles de la época, los más recogidos por Baviera y Maura en sus documentos inéditos.

Al igual que con Carlos I, tenemos fuentes preciosas que permiten seguir día a día padecimientos y dolencias del «hechizado» monarca y la intervención epistolar, constante desde el año 1691, del médico de cámara de Doña Mariana de Neoburgo, doctor GELEEN, es de inestimable valor para enjuiciar, casi tres siglos después, esta interesante historia clínica poco conocida y comentada, ya que el hitoriadador médico COMENGE no la incluye ni cita en su obra tan completa como desordenada.

El profesor CLAVERO, mi querido amigo y maestro, me ha animado reiteradamente a ordenar y publicar estos datos dispersos sobre los padecimientos de Carlos II. Yo quiero hacerle patente mi gratitud y afecto, entendiendo que estas aficiones a desempolvar papeles y libros no cuentan siempre con análogo apoyo y comprensión, y, por ende, estímulo para aquellos que horas y horas pierden lamentablemente el tiempo, según algunos, en desentrañar en el arcano de nuestra interesante Historia de la Medicina, que es la historia de la vida y de la evolución del saber médico.

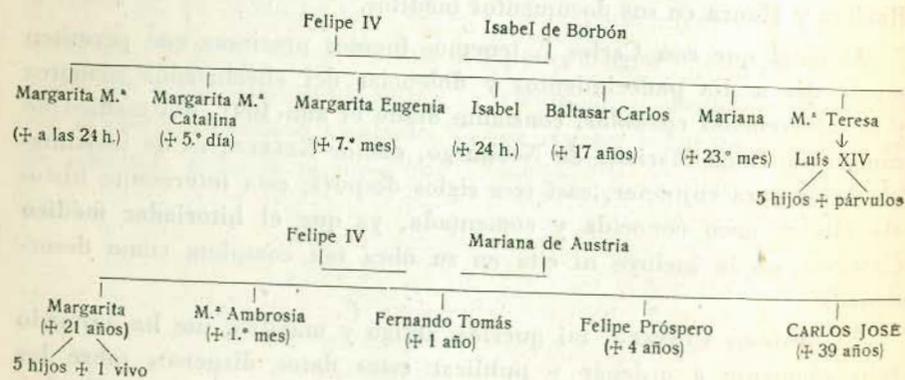
Procuraremos ahora reflejar en cinco períodos de su corta vida los hechos más salientes desde el punto de vista clínico para comentarlos muy brevemente en su significación, etiológica y dignóstico.

## I

## Nacimiento.—Crianza.—Adolescencia (1661-1678)

El día 6 de noviembre de 1661, Doña Mariana de Austria, segunda esposa de Felipe IV, da a luz en Madrid... «un príncipe hermosísimo de facciones, de cabeza grande, pelo negro y algo abultado de carnes...», asistida en el parto por la comadre Doña Inés de Ayala y el anciano protomédico Don ANDRÉS ORDÓÑEZ, que lo fué en Nápoles del Virrey Duque de Alba reinando Felipe III.

Aseguraba este nacimiento la sucesión dinástica de Felipe IV, que en sus dos matrimonios había visto desaparecer la mayoría de los hijos habidos en su primer año de vida. Las taras hereditarias de una parte (1), cosanguinidad del segundo matrimonio y otras razones de orden higiénico y médico de la época, justifican estas genealogías alarmantes y significativas en cuanto al alborozo con que fué acogido el nuevo infante.



El nacimiento de Carlos José coincide con la muerte del único hermano que aún quedaba del segundo matrimonio de Felipe IV con Doña

(1) Ver MAROJA y BRAVO DE SOBREMONTA en sus descripciones clínicas relativas a Felipe IV.

CELEEN en carta al Elector Palatino (Toledo, 5 junio de 1698) «... confiesa que los treinta y seis años del Rey (Carlos II) parecen cincuenta, pero la medicina no suplía la naturaleza y el Rey encontró en una muchas coronas, pero también no pocas lacras físicas, porque su padre, débil y extenuado ya, no lo engendró sino por milagro, corrompido como estaba por la viruela y cincuenta enfermedades más, hasta el punto de decir frecuentemente que se había logrado este hijo de la última cópula matrimonial que pudo conseguir...»

IRELAND y DEJERINE han hecho un completo estudio sobre la influencia de la consanguinidad en la Dinastía de los Austrias.

Mariana, el Príncipe Felipe Próspero. De ahí que entre los festejos populares y «mojigangas» del día 12 de noviembre de 1661 figuraran algunas máscaras que aludían a la inexperiencia e impericia de los facultativos que asistieron la dolencia congénita de aquél, y TENDERO, BRAVO DE SOBREMONTA, MIGUEL DE ALBA, AMBROSIO DE CUEVAS y FRANCISCO ENRÍQUEZ, que constituían la Cámara, hubieron de pasar por los sinsabores del ejercicio médico en circunstancias harto difíciles y con un precedente de tara familiar que bien poco ayudaba a sus esfuerzos e interés profesional.

Nueve días después, el día 21 de noviembre de 1661, en la Capilla de Palacio, recibió el Bautismo el Príncipe recién nacido, y entonces comenzó una etapa dificultosa y laboriosa: su crianza, que duró cuatro años menos veinte días, y en la cual tuvieron intervención catorce amas.

Las epístolas de su padre a Sor María de Agreda, los informes de los embajadores de Luis XIV en la Corte española y las cartas del también embajador alemán Poetting a Leopoldo, dedican a la salud del Príncipe una preferente y justificada atención, y por ellos podemos deducir que en los dos primeros años Carlos José se criaba «... muy sano y lucido...», según él, quizá apasionado informe del Rey, su padre, ya que aunque Sanguin y el Arzobispo de Embrum, emisarios de Luis XIV, calificaron en su primera visita al Príncipe de «... lindo y robusto...», se cuidaron muy mucho de informar en sentido contrario al Rey de Francia (ver apéndice I), y este informe, que evidencia un precario estado orgánico del Príncipe, está en relación y conformidad con los datos que se recogen en los avisos de BARRIONUEVO, que describen minuciosamente el régimen de nodrizas, las numerosas y frecuentes Juntas de Médicos y cambios en la lactancia, pues, según parece, el raquitismo infundía serias complicaciones y dificultad para el destete, e indudablemente el término o calificativo de raquitismo no es aventurado en un infante que a los tres años y medio aún «... no se tiene en pie...» y «... no se le han cerrado los huesos del cráneo...» (ref. embajador francés, cartas de mayo y septiembre de 1664).

En mayo del año 1663 el Rey Felipe IV comunica a Sor María de Agreda la primera enfermedad de Carlos José: una fiebre «terciana», que en el mes de junio se hizo doble, persistiendo los accesos febriles hasta el mes de julio. Las sangrías y «mudanza de aire» fueron la indicación de los médicos de Cámara en esta primera dolencia, actitud criticada por el embajador alemán, que, según se desprende de sus informes, no tenía en buen concepto a los arquiatros españoles. Esta

desconfianza en nuestros médicos habría de producirse innumerables veces a lo largo del reinado de Carlos II, y buena prueba de ello son las intervenciones constantes de facultativos extranjeros (TALBO, GELLEN, FRANCINI, DONCELLI, etc.) y las constantes alusiones epistolares con ocasión a las dolencias del monarca, su madre y sus dos esposas.

El año 1665 llena de preocupación a palatinos, nobles y médicos. Felipe IV está enfermo de gravedad y su enfermedad coincide con idéntica situación en la crianza del Príncipe sucesor, que en enero de 1665, según carta de Felipe Izcó al Duque de Gandía «... se cría tan desmedrado que no le basta ir para cuatro años para andar por su pie...», y el pueblo, ante estos hechos, hace coplas que se repiten por las calles:

«... El Rey está malo,  
El Príncipe malito,  
la Reina con jaquecas,  
la Infanta se irá.  
¿A quién esta casa se alquilará...?»

Así las cosas, el 17 de septiembre de 1665 fallece Felipe IV a consecuencia de «mal de ijada y cámaras» (BRAVO DE SOBREMONTÉ), y la corona queda en manos del niño-rey, canijo y desmedrado, bajo la tutela materna e influencia de los privados.

Meses más tarde, en audiencia concedida a Embrum y Bernardino de Grigault, Carlos II aún no puede valerse por sus propios medios y su menina, Doña Micaela de Tejada, ha de evitarle continuamente los malos pasos con unos cordones que le permitan, en audiencias y presentaciones oficiales, estabilidad y seguridad en sus primeros movimientos.

Ofrece Carlos II, en estos sus primeros años, estigmas de raquitismo evidentes; la falta de crecimiento, flacidez muscular, trastornos óseos y actividad corporal y mental notablemente disminuída, son evidentes en los documentos que se aportan en los apéndices correspondientes, y nos explican el incidente acaecido el 27 de julio de 1667, a consecuencia del cual se produjo una herida en la cabeza al intentar, el solo, bajar del lecho. A los seis años y cinco meses se comenta, con gozo y admiración, que ya pudo recibir al embajador francés en pie y sin cordones y quitarse él, y no su aya, el sombrero para la cortesía.

Por entonces padece Carlos II unas «fiebres» que tardaron en revelarse en sarampión, y así finaliza el año 1667.

Los astrólogos habían vaticinado a Carlos José una suerte semejante a la mayoría de sus hermanos y hermanastros. El año 1670 sonaba mucho, por entonces, como la fecha ideal para las aspiraciones del hermano ilegítimo, Don Juan, o para una ingerencia de las potencias extranjeras ávidas de recoger la herencia de los Austrias. Acometíanle entonces con frecuencia a Carlos II unos temblores que los físicos llamaban movimientos convulsivos, los cuales, comprendiéndole todo el cuerpo, le dejaban sumamente fatigado. Dábanle regularmente a tercero o cuarto día y siempre en relación con las comidas, y algunas veces después del primer sueño. A todo ello sumábase un interior desfallecimiento como si fuera a caer en desmayo, trastornos que son calificados por algunos como «epileptiformes» y que bien pudieran ser secuela de un déficit pluriglandular, bien manifiesto más adelante en los trastornos de tipo genésico y sexual, y por entonces atribuibles a la distrofia de crecimiento con probable hipocalcemia justificativa al raquitismo.

A punto estuvieron de cumplirse los augurios astrológicos, pues el 14 de febrero de 1669 padeció Carlos II un catarro complicado con accesos febriles, vómitos y hematuria que obligó a los facultativos de Cámara a sangrarle el día 16. Unos días más tarde informaba Villars a Luis XIV sobre este episodio, insistiendo en la gravedad, y el embajador alemán Poetting, aunque no tan pesimista, recogía la opinión del doctor BRAVO DE SOBREMONTÉ, catedrático de Medicina de Valladolid y a la sazón protomédico de la Cámara, que había expresado sus temores ante la pobre naturaleza del enfermo, incompatible con una dolencia grave.

Las noticias en 1670 son algo más tranquilizadoras, afortunadamente para la mentalidad de la época crédula y supersticiosa. En abril de 1670 caza el Rey en compañía de la Reina madre; danza y baila por vez primera, y en mayo de 1671 se estrena en las lides de la equitación; pero ni éste ni otros deportes contribuyen a mejorar su salud, y recoge Maura Gamazo que «... el viento fuerte llámale fluxión a los ojos, el traqueteo de las carrozas movíale a náuseas y vómitos y el mesurado esfuerzo a calenturas...» Sin embargo, los temores y preocupación del episodio de febrero de 1669 no se repitieron; todo transcurría mejor que de costumbre, y pudo, inclusive, normalizarse en su alimentación, que, pese a su abundancia y variedad (ver apéndice I), no permitía el ansiado engorde del flaco monarca y, sobre todo, su crecimiento, ya que el embajador veneciano asegura «... que en tres años no ha crecido nada el Rey...»

Aun así, el año 1670 deparará el consabido susto a los facultativos de la Cámara, y el 19 de mayo Su Majestad «... cae enfermo con calentura que se repite el 20 y 21 con más firmeza...» El 30 de mayo estaba restablecido de estas «tercianias sencillas», diagnóstico emitido por BRAVO DE SOBREMONTÉ, según el epistolario Poetting-Leopoldo. La terapéutica seguida fué la de las clásicas sangrías, aunque ya la quina era conocida y experimentada en «tercianias» e intermitentes.

En años sucesivos el optimismo renace, pasado el fatídico 70 y coincidente con tres años de salud relativa y bienestar.

Es en 1674 cuando su hermano ilegítimo Don Juan de Austria da cuenta «... de la gran propensión a desarreglos intestinales...» que remiten en primavera y se agudizan con los calores del estío.

De todas formas, es la adolescencia de Carlos II, y concretamente el período de su vida comprendido entre los diecisiete y veintidós años, el de más floreciente salud, y en 1678, a los diecisiete años, escribe a su madre: «... ya te tendrán informada las de Medina de mi salud, que a Dios gracias es buena. Yo he salido al campo dos o tres veces, porque como es menester guardarme del sol no lo he podido repetir más...» Así entramos en los años mozos del Monarca.

## II

### Boda, viudez efímera y nuevo casamiento (1679-1695)

Contaba dieciocho años Carlos II cuando fué convenido el casamiento con la Princesa Doña María Luisa de Orleans. Era entonces un niño grande, débil, con la frente estrecha, la mirada incierta, labio caído, cuerpo desmedrado y gestos torpes.

El año de sus desposorios se inicia bien, según se deduce de las cartas dirigidas a su madre, y el 30 de agosto de 1679 se verifica la ceremonia de la boda por poderes, poniéndose en viaje la Princesa el 20 de septiembre de 1679 para encontrarse con su marido, que, ilusionado, la espera para celebrar las velaciones el 19 de noviembre del mismo año. Entretanto, Carlos II se encuentran en Lerma el 1.º de noviembre «arromadizo y febril», aunque alegre y comilón, y los médicos de Cámara le tratan con miel rosada y ayudas, las primeras, precisamente, que le pusieron manos masculinas.

El matrimonio sienta bien al Monarca, y transcurren casi ocho años

sin episodios notables, con buena salud, únicamente perturbada por indigestiones y catarros.

Su esposa, Doña María Luisa, no debía confiar mucho en los físicos españoles, y, aparte de su médico de cabecera, el florentino JUAN LORENZO FRANCINI, hombre erudito y ponderado, hay referencias de JUANINI (*Discurso Político*, pág. 106), que afirma llegó a España acompañada por el famoso TALBO, el «doctor inglés» que curó con la quina a Monarcas y al Delfín y que trató las cuartanas de Doña María Luisa en París por indicación del Rey de Inglaterra (2). La estancia de TALBO en España debió ser muy corta, y al cabo de unos días regresó nuevamente a París, quedándose FRANCINI de médico de cabecera.

A los ocho años de matrimonio mucho se comenta el anhelado tema de la sucesión. Rebenac, embajador francés, para dar informes de tan trascendental asunto al Rey Cristianísimo, consigue dos prendas íntimas de Carlos II maculadas y las hace analizar por dos cirujanos, afirmando uno que la generación es posible y negándolo el otro. La Reina, a todas estas, comienza con desarreglos intestinales e indisposiciones de las que únicamente se deja ver por su facultativo de cabecera FRANCINI, y en 1688 se le presenta «... un brote de viruelas en abundancia y no buena calidad...» de las que estaba mejorada el 31 de octubre.

Pero a fines de año nuevamente se queja a diario de náuseas y dolores cólicos, que los médicos atribuyen a las bebidas frigerativas que suele tomar para abortar las menstruaciones en su deseo de dar un sucesor a su esposo. (Por entonces las coplillas de Reina preñada, Reina acatada estaban a la orden del día.) Las molestias continúan en los días que siguen y se agudizan el mes de febrero de 1689, sufriendo la Reina grandes congojas, vómitos y fiebre que obligan a FRANCINI a recabar la ayuda y compartir la responsabilidad con el médico aragonés de la Cámara del Rey, DON LUCAS MAESTRE.

El jueves 10 de febrero se celebra junta de médicos, y FRANCINI, MAESTRE y GABINO FARIÑAS, los dos últimos de la Cámara del Rey, diagnostican «cólera morbo», muriendo la Reina el 12 de febrero de 1689, pese a los esfuerzos y consultas de los tres facultativos, que en esta ocasión corrieron con la responsabilidad. FRANCINI, en un minucioso informe, recoge las últimas horas del padecimiento mortal de la Reina, e indica la terapéutica seguida a base de farmacopea complicada

(2) Ver RICO-AVELLO: *Aportación Española a la Historia del Paludismo* (cap. «Quina»). REV. DE SAN. E HIG. PUB., 1947.

consistente en remedios cardíacos internos, emulsión de opio con agua cordial, espíritu de sal y sal de perlas, elixir natural de sal de absinto, agua triacal y extracto de yemas, y los externos unguentos cordiales, elixir de vida, óleo contra venenos, óleo estomacal, triacas disueltas en vinagre, ventosas, emplastos, cocciones y fomentos. FRANCINI recoge asimismo interesantes datos concernientes a la diligencia de autopsia que se llevó a cabo ante seis médicos de Palacio, seis cirujanos, cuatro farmacéuticos y el boticario de la difunta Sr. Verdier, autopsia que no confirmó las sospechas tendenciosas de un envenenamiento.

El Rey viudo estaba entonces «... bueno, comía bien y hacía grandes demostraciones en los funerales de su esposa...» Pocos meses duró su nuevo estado, el 28 de agosto del mismo año (1689) se celebran los esponsales por poderes con la Princesa de Neoburgo, Doña María Ana, que pisa tierra española el 6 de abril de 1690, siete meses cumplidos desde el comienzo de su dificultoso viaje. Viene la nueva Reina acompañada por un facultativo de cabecera, el doctor CRISTIÁN GELEEN, médico flamenco, oriundo del feudo de los Neoburgo, culto, poliglota y erudito, y gracias a cuyos informes y epístolas con Viena y Neoburgo se puede hoy reconstruir, día a día, la interesante historia clínica de Carlos II.

Durante la primera quincena de agosto de 1691 padeció el Rey los ya en él clásicos desarreglos intestinales, coincidentes esta vez con un estado precario en la salud de su esposa, que el 23 de agosto hubo de guardar cama con cefaleas y otros accidentes que se agudizaron en días sucesivos, presentándose el 28 fuertes dolores cólicos y ataques que el 31 la dejaron dos horas sin conocimiento.

GELEEN firmó los partes, y, según los papeles (cartas de Novelli al Elector), los médicos españoles tienen celos de él, y las desavenencias entre los arquiatros están a la orden del día, aunque, respecto a la egregia enferma, se sigan las indicaciones del médico flamenco que preconiza el agua de Spa o, en su defecto, la minero-medicinal de Puertollano, parecida a aquélla y de reconocida eficacia en la esterilidad y «mal de madre».

Finaliza noviembre del año 1691 con algunas molestias de Carlos II, al que se le extirpa una verruga que tenía en el párpado superior del ojo izquierdo. El año 1692 transcurre bien para la salud de ambos, y las referencias no nos orientan hasta el 15 de abril de 1693, en que Lancier informa al Elector de Baviera que Su Majestad lleva «... quince días en cama con fiebre y accesos pronunciados de ella cada dos días, sin que los médicos concedan importancia a la enfermedad...» La versión no es muy ecuánime y veraz, pues la fiebre no tuvo en esta oca-

sión caracteres tan típicos tercianarios y, por otra parte, los facultativos hicieron lo que buenamente pudieron para sacarle adelante a fuerza de purgas y sangrías, como recoge minuciosamente el parte (ver apéndice II). Duró el proceso febril, probablemente de etiología infecciosa intestinal, dieciséis días, ya que Doña Mariana informa al Elector la mejoría el 16 de abril de 1693. Carlos II «... ha perdido mucho pelo después de la enfermedad, y dice que para tapar la calva se pondrá una peluca, pero sin rizos ni polvos para no parecerse al francés...»

En este padecimiento del Monarca tuvo muy poca intervención el médico flamenco de la Reina, Dr. GELEEN, de lo que ella discretamente se lamenta en carta al Elector (ver apéndice II).

La responsabilidad de la salud del Rey corría entonces a cargo de sus protomédicos constituidos en Cámara formada, según hemos podido averiguar, por los siguientes facultativos:

Don LUCAS MAESTRE (que asistió a Doña María Luisa como primer médico en compañía de FARIÑAS y FRANCINI); BRAVO DE SOBREMUNTE, catedrático de Medicina de Valladolid; GABRIEL GOLÍ, catedrático de Medicina de Salamanca; GABINO FARIÑAS, sardo de nacionalidad; ANDRÉS DE GÁMEZ, catedrático de Prima de Nápoles; Dr. PARRA; FRANCISCO DE RIBAS DEL CASTILLO BRIONES, catedrático de Alcalá; Dr. HENRÍQUEZ; Dr. NEGRETE, y Dr. RAMÍREZ, entre los que se contaban relevantes figuras de la medicina de la época que formaban bloque con otros menos conocidos para evitar influencia, intervención y prestigio de los extraños.

De todas formas, esto le ocurrió a GELEEN por poco tiempo, y pronto tuvo intervención no sólo en las dolencias de la Reina, sino aun en las de Carlos II, llegando el año 1699 a figurar como candidato a la Presidencia del Colegio de Médicos de Cámara y propuesto para el ascenso a protomédico del Reino.

Meses más tarde el Monarca aún seguía a régimen de enemas de ciruela y hojas de sen en evitación de que los «... humores estomacales flemáticos...» produjeran la pasada dolencia.

A fines del año 1693 se produce en Madrid una mortífera epidemia de «tercianas» (descripciones en NIETO DE VALCÁRCEL, JUANINI y CARDOSO, epidemiólogos del siglo XVII) que causa innumerables óbitos repentinos y cuesta la vida a los Duques de Pastrana y del Infantado, Marqués de Villamaina y Conde de Pombal.

Los Reyes, reclusos en el regio alcázar, gozan de buena salud y evitan las jornadas de campo ante la epidemia reinante, salud que prosigue a lo largo de 1694 y también de 1695, aunque fué éste un año de nieves y fríos.

## III

Las «tercias» de Carlos II y su esposa Mariana de Neoburgo. La cura de la quina. Recaídas (1696-1697)

El año 1696, malo para la salud de los Reyes y funesto para la vida de la Reina madre iníciase con algunas molestias en la persona del Monarca que el 29 de enero (ref. Lancier) cae en cama con vómitos de los que pronto se recupera. En marzo hay nuevas indisposiciones recogidas en el epistolario de la Berlips —dama de Doña Mariana— y es preciso purgar y sangrar al Rey y atender a la Reina en sus molestias genitales (dismenorreas y oligomenorreas) que hacían sospechar el ansiado embarazo.

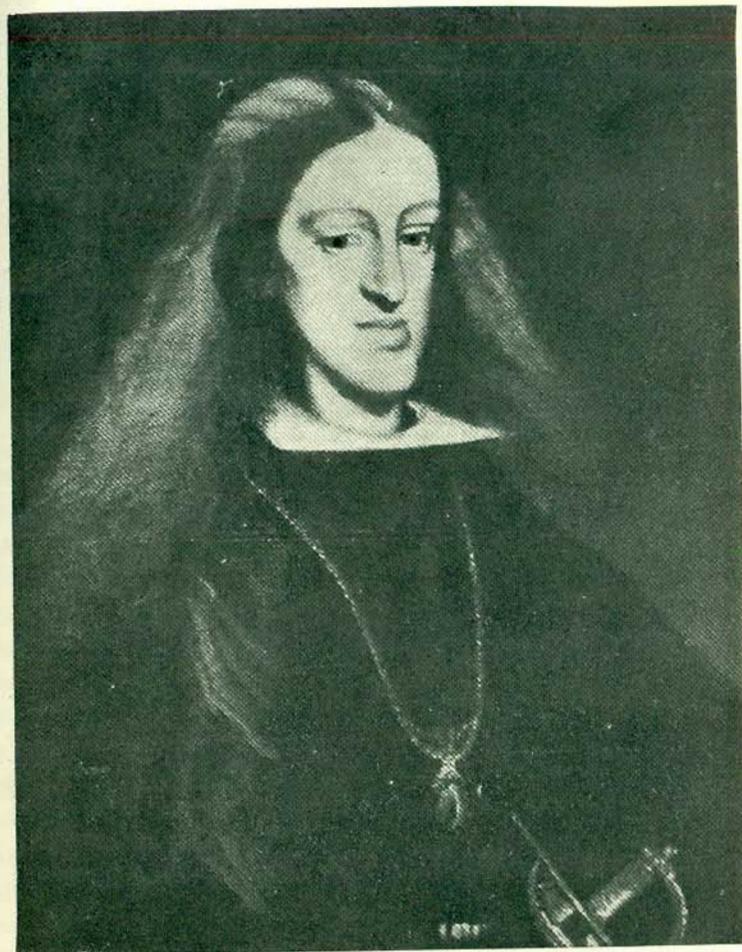
Por su parte, la reina Madre aqueja una dolencia grave, sufre las consecuencias de un «carcinoma de mama», y como no se confía mucho en los facultativos de la Cámara regia, la nuera recaba de su madre y del Elector Bávaro la presencia urgente de un médico alemán.

En las epístolas minuciosas, bien puede recogerse esta preocupación. Se estima que en Colonia hay un especialista, el Dr. WIRTZ, que cura el cáncer (!), pero, parece ser, que está tan achacoso y viejo que no podrá llegar hasta Madrid.

Mientras tanto, algún extranjero ha establecido contacto con los de Cámara y la divergencia de opiniones es manifiesta: aquél, partidario de sajar la tumoración; los españoles de abstenerse a intervenir, prevaleciendo esta opinión por numerosa. El asunto continúa ocupando atención preferente en los papeles y el Elector Palatino consulta en Viena a sus dos médicos y tres de los Cirujanos, los que aconsejan que salgan rápidamente para Madrid RUFFINI y WAMMELE, famosos cirujanos— el primero de los cuales debe volverse desde la frontera al enterarse del fallecimiento de Doña Mariana de Austria, el 16 de mayo de 1696.

Como puede ya irse deduciendo, nada tan violento como la situación de los facultativos españoles, siempre a merced de criterios ajenos e ingerencias profesionales que mediatizaban su labor diagnóstica, pronóstica y terapéutica.

Carlos II vuelve a enfermar ligeramente el mes de agosto, aunque sin aparecer accesos febriles; peor lo pasa su esposa, que el 14 tiene, según la Berlips, un grave ataque febril del cual el día 17 estaba mejor.



CARLOS II

(Pintura de Claudio Coello. Colección Lázaro Galdiano)

Y entramos en uno de los episodios más interesantes de los padecimientos del Monarca: sus típicas «tercianas», que respondieron bastante bien a la cura de la quina que le fué indicada.

Tiene Carlos II el día 9 de septiembre cursos y vómitos que se continúan en horas siguientes, no apareciéndole fiebre hasta el día 11 en forma de un acceso febril tan violento que al anochecer deliraba a ratos y caía en estado sincopal, por lo que hubo de recibir el Viático, reuniéndose urgentemente el Consejo de Estado por tres veces. El 12 transcurrió apirético, y al día siguiente volvieron a repetirse la fiebre, aunque con menor intensidad, y análogos síntomas que en días anteriores.

A la vista de estos accesos febriles alternos se administró la quina al Rey, y dice Fernández «... que cuando toda la Corte estaba esperando temblando no nos anocheciera el día en la otra accesión se experimentó el que aunque vino, vino tan remisa que todo nos empezamos a dar la enorabuena de tan feliz suceso; el qual remedio continuado faltaron totalmente las accesiones...» Pero ya sea por insuficiente dosificación del medicamento o por otras razones que se nos escapan en relación estrecha con las disputas que entre GELEEN y los facultativos españoles se sucedieron de tal indicación, Carlos II tuvo nuevas recaídas en sus «tercianas», la primera a mediados de octubre, con cuatro o cinco paroxismos febriles que le dejaron opilado y pálido, complicaciones palúdicas que GELEEN atribuye a la «... prisa que contra su dictamen se dieron los médicos españoles para aplicar la cura paliativa de la quina, sin tomar las precauciones debidas, con lo cual la causa morbosa no actúa, pero no se elimina como es aconsejable en terapéutica...» Así explica GELEEN, con intuición evidente, la esplenomegalia y anemia subsiguiente del Monarca, sometido ya a los remedios propuestos por el flamenco: el extracto de tintura de múrico.

El 20 de octubre estaba Carlos II, de nuevo, limpio de fiebres, con satisfacción de cortesanos y médicos, que temían, en tiempo otoñal, que la terciana pudiera degenerar en cuartana.

Doña Mariana de Neoburgo tiene también sus correspondientes tercianas. Comienza su proceso el 1.º de septiembre de 1696 con fiebre alta y dolores en la matriz, y dudan los médicos si se trata de una fiebre sencilla, terciana o cuartana. Es en principio sangrada, pero los accesos se repiten con caracteres tan alarmantes que hubieron de administrarle los Santos Sacramentos. GELEEN, contrario a la quina, decide demorar su aplicación y recurre a sanguijuelas, pero los accesos típicos —ya que, según la Berlips, en alguno duró el frío cinco horas y

el calor diecinueve— se repiten alternativamente y los médicos resuelven darle la quina el día 23 de septiembre, indicando su administración durante nueve días para seguir luego un régimen complementario de cura con aguas ferruginosas y leche de burra.

La respuesta al tratamiento no se hace esperar, y la Berlips, en carta de 10 de octubre, manifiesta que Doña Mariana hace «... 2 semanas que está limpia de fiebre gracias a la quina...», aunque alguna recaída se sucede con sudores fríos y calenturas que los físicos llaman «sincopales» y son muy peligrosas.

La intervención de los médicos españoles fué en esta ocasión decisiva; si bien es verdad que algunos preconizaban aún las sangrías, los más tuvieron el buen acuerdo de luchar contra los prejuicios de sus compañeros y la opinión de GELEEN, y esto les valió la confianza de la paciente, ya que según las cartas «... aora toma S. M. la quina y se deja curar por los médicos españoles, cosa a la que se había resistido siempre...»

Creemos que ambos padecimientos no ofrecen duda respecto a su calificación nosológica, y que bien puede hablarse de paludismo ante cuadros clínicos tan elocuentes y respuesta significativa a la quina, que poco a poco iba desterrando prejuicios de los más adictos partidarios de purgas y sangrías. Y es significativo, para enjuiciar correctamente estos episodios, que durante el otoño de 1696 las «tercianas y cuartanas» eran frecuentes en la Corte madrileña, y hubo entre el personal de Palacio muchos enfermos, con alguna defunción, entre las que consta la de la camarera mayor, Duquesa de Alburquerque y el mayordomo mayor (ref. Berlips y GELEEN).

Ahora bien, así como la Reina respondió muy bien a los tratamientos y el 8 de noviembre se paseaba por el parque tomando el aire, el Rey, depauperado y en deficientes condiciones orgánicas, recae aún en sus «tercianas», que se manifiestan el 7 de noviembre de 1696 con nuevo acceso que dura algunas horas. Los médicos no dan importancia a la dolencia; el estado orgánico del paciente, que está melancólico, flaco y postrado, es lo que les preocupa. Surgen nuevas discusiones sobre plan a seguir, y es GELEEN el que informa que «... pese a la repugnancia de los médicos españoles, se ha tenido que recurrir nuevamente a la quina para extirpar estas rebeldes tercianas...» A 20 de diciembre parecía asegurada la mejoría, si bien el Rey deberá seguirla tomando hasta que desaparezca el temor de nueva recaída.

Las noticias que recogemos del año 1697 confirman la evolución favorable. El Rey mejora, y limpio de fiebre, con mejor color, asiste

a la capilla el 7 de enero; pero no había pasado cincuenta días apirético cuando el 23 de enero recae nuevamente en sus «tercianas» y sigue flaco, pálido y con mirada triste, «... como si tuviera los ojos anegados en lágrimas...»

La primavera, en la que mucho confiaban los médicos, mejora la salud del Rey, que piensa en trasladarse al Real Sitio de Aranjuez, punto, quizá, el menos indicado para convalecer de «tercianas» y si para adquirirlas presto. El Colegio de Médicos de Cámara delibera sobre dos puntos: la jornada más conveniente y la cohabitación de Sus Majestades, y GELEEN, con cuatro colegas más, vota afirmativamente en contra de cinco colegas que se oponen y cuyo criterio no prevalece en esta ocasión. Desde ahora los Reyes pondrán de su parte lo que puedan para lograr la ansiada sucesión. En cuanto a jornadas, se supedita la de Aranjuez a la cura ferruginosa que ahora emprenderá el Monarca, y, una vez verificada, parece ser que se llevará a efecto.

El 24 de abril continúa el Rey anémico e inapetente y la Reina bajo régimen lácteo que le sienta muy bien.

El viaje a Aranjuez se aplaza, ya que el día 5 de mayo padece Doña Mariana una recaída en las «tercianas» que preocupa al facultativo de cabecera Dr. GELEEN; seis accesos febriles con intermitencias, ahogos, fatiga y períodos de frío y calor perfectamente precisados por la Berlips, se combaten una vez más con la quina, que es, según GELEEN, «... el único febrífugo que usan los españoles, sin conseguir que acepten mi tratamiento...»

En esta ocasión la administración fué precedida de una violenta *batalla* entre el flamenco y cinco médicos españoles, sosteniendo GELEEN «... que era peligroso dar la quina no sólo cuando la menstruación ha comenzado, porque la contiene, sino cuando está próxima, porque la suprime...» GELEEN no pudo convencer más que a Don LUCAS MAESTRE, y como los otros cuatro facultativos contaban con el apoyo de Doña Mariana, que todo lo supeditaba a no tener el acceso, la quina fué una vez más utilizada, y, como en anteriores ocasiones, con éxito, ya que a los pocos días cesaron los accesos febriles que tanto la hacían sufrir, restableciéndose ya definitivamente.

El verano no da más referencias interesantes: la Reina, muy bien con su leche de burra, y el Rey, según GELEEN, «... más irresoluto, melancólico y flaco que nunca...», si bien esta opinión se rectifica en otoño, en que la salud del Rey se fortalece, permitiéndole tomar parte en las monterías de El Pardo.

Termina el año con agüeros satisfactorios.

GELEEN, siempre pesimista, «... no recuerda haber visto al Rey tan alegre y animado...», «... y la Reina está espléndida, hecha un ángel y serafín...»

Desgraciadamente, estas opiniones poco habían de durar, en lo que respecta al Rey, y es ahora, con este precedente de recaídas tercianarias que tanto influyeron en su vitalidad, cuando se aproximan episodios dolorosos de su vida, tan ligada a los médicos y a la Medicina.

#### IV

##### Dolencias, hechizos, tercianas (1698-1699)

Comienza el año 1698 y con él las dolencias del Monarca, que en los primeros días de enero tiene vómitos que alarman a los médicos, porque casi siempre suelen preceder a las fiebres. Por esta vez se queda la cosa sin más alcances, y en febrero hacen los Reyes la cura preventiva de primavera purgándose.

Algunos catarros que coexisten con acusada melancolía son las novedades que se suceden en los primeros días de marzo, y los facultativos de la Cámara reúnen para decidir el clima más conveniente para la regia salud y el plan que deberá seguirse en la cura ferruginosa que, contra la melancolía hipocondríaca, preconizan los médicos españoles en disputa con GELEEN, decidido partidario de las virtudes excepcionales del agua de Spa.

Acuérdase someter al Rey, que sigue pálido y ahora algo hinchado, a una cura que consiste en tomar cuatro partes de agua ferruginosa en una de vino, plan que, según GELEEN, le sienta bien y tomará por espacio de treinta y cinco días. Se decide también el traslado a Toledo el día 25 de abril, donde prosigue el Rey la «cura del acero», la Reina se purga, sangra y toma la leche de burra y GELEEN se lamenta al Elector del estado físico de Carlos II, que a los treinta y seis años parece un anciano decrepito, en el que la medicina no puede hacer el milagro de suplir tal naturaleza, restaurándola y vigorizándola. Los médicos no viven más que pendientes de la salud del Monarca; bien dice Maura Gamazo que la vida de Carlos II era tan preciosa que jamás enfermo fué cuidado con solicitud mayor, y tratan por todos los medios de tonificarle.

Termina la cura del acero e inmediatamente es propuesto un régi-

men en el que ocupa interés preferente el polvo de víboras, «triacaca poderosa, excelente antidotario que rechaza todos los impulsos venenosos de desconocido origen...»

La jornada toledana sentó bien a los Reyes; mejoró la salud de ambos y Carlos II se encontraba normalizado en sus comidas y en sus horas de descanso; pero al cabo de cincuenta días de estancia, en 12 de junio de 1698, se decide el regreso a Madrid.

Muy pocos días transcurren buenos, ya que el 25 de junio tiene el Rey náuseas, flatos y pérdida de conocimiento. Requiere la intervención de sus médicos que con purgas y enemas lo mejoraron, pues el 28 estaba en pie y el domingo 29 asistía a la capilla cumpliendo sus deberes religiosos. Pero, a pesar de esta rápida recuperación, la Cámara es pesimista, le encuentran tan débil que no ven posibilidad de ningún remedio, y los más estiman que está extenuado, no asimila los alimentos que injiere y no podrá pasar del invierno...; y, en vista de ello, resuelven aplicarle unas cantáridas en brazo y pierna, por si éstas, junto con las víboras pulverizadas y pollos alimentados con análogo ingrediente, hacen el milagro de devolverle vitalidad y energías.

GELEEN da su opinión: trastornos de asimilación es la causa fundamental, y, además, mal tratada, ya que los facultativos españoles se obstinan en privarle del único remedio que tiene indicación ante su complexión fría: el vino. Mientras tanto, sin días angustiosos de alarma, pasa el tiempo. Carlos II hace su vida normal, si bien el edema es acusado y se presenta en distintas partes del cuerpo. Los agoreros y supersticiosos temen el mes de septiembre, funesto para los Reyes españoles y especialmente para el padre, abuelo y bisabuelo de nuestro enfermo; pero el Dr. GELEEN afirma que no hay temor justificado, que así puede vivir muchos años, y, en demostración de ello, la Cámara se reúne para aprobar la cohabitación con la Reina y decidir entre Toledo, Talavera y Guadalajara el clima más conveniente para la salud, sin llegar a un acuerdo.

Ahora bien: estas impresiones no coinciden, ciertamente, con las de los «sabuesos» de Luis XIV, que regularmente informan en detalle de la salud y posibilidades del Monarca enfermo, y Harcourt estima que Carlos II está tan débil que no se tiene en pie y, por si fuera poco, no come sino la tercera parte de su ración habitual.

Indudablemente, nos merecen más crédito los facultativos, y máximo cuando vemos que agosto lo pasa bien, salvo una indigestión de cacahuets que Harcourt procura exagerar en la medida de sus posibilidades de alentar la ilusiones que en un rápido desenlace tiene pues-

tas el vecino Rey Cristianísimo y que la Berlips recoge en su realidad (ver apéndice IV).

Comienza septiembre y el restablecimiento de Carlos II se consolida, ingiere a diario «polyos de margravn» y se le aplican en días alternos enemas desinfectantes, y, una vez cumplidas sus obligaciones de enfermo meticulado y obediente, caza conejos en los montes de El Pardo.

Peros los desarreglos intestinales y las alteraciones digestivas, que desde las «últimas tercianas» dominan en la clínica habitual del Rey, hacen su aparición el 2 de septiembre en forma de fuertes dolores, cólicos de vientre y vómitos reiterados. GELEEN, como siempre comunicativo, aunque en esta ocasión está enfermo, dice que el Rey tiene náuseas, vómitos y acusada inapetencia, por lo cual hubo de acostarse, y entonces en cama tuvo un desmayo que le hizo perder el conocimiento, continuándose con convulsiones, sudor y frialdad en las extremidades.

Pronto se recuperó, aunque GELEEN se lamenta de «los médicos rutinarios que no se convencen de que Su Majestad necesita el vino tanto como el pan...», y nuevamente la Cámara prohíbe la vida matrimonial, transcurriendo así octubre de 1698, sin más incidentes que lamentar, pero sacrificado el Rey a las prescripciones de los médicos, hasta el extremo de que en las epístolas se recogen alusiones al poder e influencia que los facultativos tienen con la regia persona, lo cual no es extraño, ya que no hay motivo que justifique que los Reyes enfermos tengan distintas reacciones en sus manifestaciones de agradecimiento por el que día y noche vigila su salud como la propia, que cualquier otro paciente, en el que esta sugestión e influencia es corriente en un tratamiento o enfermedad larga; y termina el año bien, las noticias coinciden en afirmar que los Reyes gozan de buena salud.

Con el año 1699 finaliza el siglo XVII. Las noticias son satisfactorias en sus comienzos, continuando las buenas nuevas sobre la salud de los Reyes, si bien de nuevo sacrificados a las decisiones de la Cámara en lo que respecta a la separación conyugal.

Algunas indisposiciones ligeras de vómitos, sin más consecuencias, el día 27 de febrero en El Pardo, y conversaciones continuas, en el de marzo, sobre el viaje a Aranjuez, al que se oponen algunos facultativos, son las informaciones más destacables. GELEEN cree que el Rey no está peor, pero la hidropesía y palidez acusada le preocupan y hacen pensar que algún mal intenso aqueja. Por si fuera poco, durante el mes de mayo reaparecieron los «vómitos y desmayos de rúbrica», y además se cae y magulla la cara, con todo lo cual no es exagerada la

impresión recogida por Harrach el día de la procesión del Corpus, viendo al Monarca pasear por las calles de Madrid: «... su triste peregrino afanoso de recuperar el amor de sus vasallos...» Las noticias de GELEEN no pueden ser además más alarmantes. Alguna repercusión cardíaca ha complicado el ya complejo problema etiológico del Monarca, y GELEEN dice que «... se le para el corazón, hinchán vientre, piernas y cara...», síntomas probables hiposistólicos, que ocupan un plano preferente entre las diferentes dolencias que coexisten y justifican esta vida consagrada a los cuidados y atenciones de sus médicos. Entre algunos de éstos cunde ya el desaliento, y «... encuentran más cómodo darle por incurable...», según manifiesta el médico de Doña Mariana.

Pero, en fin, cierto o no, el desaliento de los facultativos bien pudiera justificar la etapa que ahora se sucederá en la vida del Rey enfermo; la intervención paramédica de exorcistas y hechiceros que pretenden curar a Carlos II, al que suponen hechizado personas de influencia y relieve.

Los dominicos representados por el inquisidor Rocaberti y Fray Froilán, confesor del Rey, creen y admiten, de buen grado, las hipótesis teológicas relativas a exorcicios, y estaban, desde los primeros meses de 1698, en estrecha relación con otro dominico asturiano, Fray Antonio Alvarez de Argüelles, conocido por el «cura de Cangas», que por entonces exorcizaba a tres monjas posesas en un convento de Cangas de Tineo. El demonio, a fuerza de preguntado y acosado, había confesado al cura de Cangas el hechizo de Carlos II, realizado cuando tenía catorce años a base de bebedizos antigenésicos y por encargo de su madre.

La noticia cundió más de lo debido. Existía además un ambiente propicio en la mentalidad de la época para admitir semejantes disparates, y Doña Mariana de Neoburgo vióse pronto envuelta en este nuevo asunto; también ella padecía su correspondiente maleficio y se aseguraba que llevaba siempre colgado al cuello un saquito que contenía diversas y variadas porquerías malélicas. Pero el «cura de Cangas» no consiguió aprovecharse de todo, no tuvo obispado, ni tan siquiera canonjía, ni la habilidad del Padre Mauricio Tenda, capuchino italiano, exorcista de reconocida fama, recomendado del Nuncio y el confesor de la Reina, que en 1698 pretendía curar a Carlos II, amparado en que al exorcizar una endemoniada italiana el diablo habíale aconsejado marchar a España donde tendría abundante quehacer con el Monarca español.

Mucha influencia hubo de poner en juego el confesor del Rey para

permitir que Su Majestad accediera a recibir al Padre Tenda. Maura Gamazo da la siguiente versión de esta primera visita: «... la entrevista se celebró en una habitación retirada de Palacio, a la hora del amanecer, y apenas vió el Rey al capuchino le acometió gran temblor y no recató el deseo de huir. Fray Froilán tranquilizó a Carlos II, consiguiendo que no se marchase, y entonces él, para aquietarlo más, dijo ser fraile viajero deseoso únicamente de ponerse a sus pies y ofrecerle sus respetos. Le preguntó luego que cómo se encontraba, contestando: Su Majestad que se encontraba ya bien. Siguió interrogándole si no temía estar hechizado y replicó que había oído hablar mucho de hechizos y de la posibilidad de influir mediante ellos en los demás, pero que, aunque sus dolencias parecían inexplicables, no se le ocurrió nunca atribuir las a esta causa. Replicó Fray Mauro que, no obstante ser un gran Monarca, estaba expuesto, como todos los mortales, a ese peligro sobrenatural, y le rogó que le permitiese proceder a la exploración indispensable. Alarmóse el Rey nuevamente y fué preciso que el confesor interviniese nuevamente, convenciéndole que no se quería sino su bien, y era deber suyo ayudarle a la curación para provecho de toda la Cristiandad y consuelo de sus vasallos. Fray Mauro procedió entonces con Su Majestad como se acostumbra con los posesos, ordenando al demonio, en nombre del Todopoderoso, que le pinchase en la rodilla derecha, y apenas lo hubo oído comenzó a gritar Su Majestad: «Ya lo siento, ya lo siento». Repitió esta misma experiencia en el hombro y en la mano, advirtiéndolo el Rey cada vez y cesando el dolor cuando el Padre lo ordenaba. Reiteró a Su Majestad la pregunta de si creía estar hechizado, y, sin vacilar, contestó ahora que sí. Le exhortó, en vista de ello, a que tuviera fe en la curación y valor necesario para someterse al tratamiento, que había de consistir en confesar, comulgar cada dos días y recibirle a él cada tres, para proseguir la obra comenzada...»

La segunda entrevista se celebró pasados quince días, con el Rey más animoso, tan sugestionable y, por ende, el diablo tan obediente. Recetó el capuchino «... hacer tres veces la señal de la cruz sobre la cabeza y parte del cuerpo dolorida, conjurando al demonio en nombre del Todopoderoso...», y si ello fallara será señal inequívoca de que la dolencia tiene causas naturales y ha de ser curada por médicos.

Así terminaron los hechizos del Rey y la intervención de los exorcistas, es decir, así no, ya que Fray Froilán, desposeído de su influyente cargo, y el Padre Tenda, fueron procesados y encarcelados y no sobreseída la causa hasta los tiempos de Felipe V.

Entretanto, en plena «etapa maléfica», Carlos II volvía a adquirir o recaer en sus «tercianas». El episodio de junio de 1699 es muy significativo. El 25, después de la famosa y citada procesión del Corpus, siéntese indispuesto con anorexia, náuseas y cefalea. La normalidad más completa transcurre al día siguiente, pero, en cambio, el 27 se presentan análogos síntomas que el 25. El día 28 lo pasa completamente bien, y, en cambio, el 29 enfermo, esta vez con asombro de los médicos ante el carácter alterno del padecimiento. El día 30 está nuevamente bien, para continuar el 1.º de julio con vómitos, náuseas y cefaleas que impidieron tomara el chocolate que hacía sus delicias. Ante estos síntomas, GELEEN no puede por menos de exclamar: «... si tuviera calentura diría que es una terciana intermitente...», sin sospechar que, precisamente años más tarde, quedaría perfectamente aclarado que en sujetos orgánicamente deplorables el paludismo puede y suele manifestarse sin accesos febriles, pero con «equivalentes palúdicos» (cefaleas, vómitos, algias, náuseas, etc.), que cíclicamente adoptan las características tercianarias o cuartanarias.

Las cosas empeoran de día en día; los padecimientos imbrícanse y se desarrollan favorablemente, y manifiesta GELEEN, el mes de julio, que el Monarca ha perdido el apetito y se inicia el «síndrome diarréico» que acabaría con su vida; tres y hasta cuatro cámaras diarias o cursos de vientre hace el Rey, y en esta ocasión los médicos de Cámara purgan y sangran en completa discrepancia con el juicioso GELEEN, que califica el plan como un «crimen» en cuerpo tan débil e hidrópico al que se niega el tantas veces por el propuesto tónico: el vino.

Transcurre todo el mes de julio con diarrea, y en agosto, aunque aparentemente mejorado, tiene lipotimias que para GELEEN son de mal pronóstico y que están muy justificadas en un enfermo diarreico, sangrado y purgado, tercianario crónico y verosímilmente tísico generalizado con participación intestinal.

La primera quincena de septiembre de 1699 es calificada por Maura Gamazo como «... fulgido chisporroteo de la llama que precede a su gradual apagamiento y extinción...», y así Carlos II recupera bastante su salud hartamente quebrantada, renueva sus relaciones conyugales tanto tiempo interrumpidas, librase de «coplillas», hechiceros, exorcistas y confesores intrigantes...; en fin, tiene derecho a un bien ganado y pos-trer disfrute de los pocos meses que le restan de vida.

Las desavenencias en la Cámara ante esta sorprendente recuperación surgieron pronto, y GELEEN sufrió las consecuencias a sus reiteradas admoniciones y críticas para los facultativos españoles, que consi-

guieron obligarle a presentar su dimisión cuando más cerca tenía el ascenso a protomédico de la Casa Real y presidente del Colegio de Médicos de Cámara. La cosa no pasó de esto, pues Doña Mariana le apoyó e interpuso su valiosa influencia cerca del Rey, y GELEEN siguió ejerciendo plenamente sus funciones de médico e informador cerca de Viena y Neoburgo.

La jornada de El Escorial sienta bien a los Reyes, que se divierten con la caza, la música y la comedia, continuando las buenas impresiones sobre las relaciones conyugales que a los más optimistas hacen pensar aún en la sucesión ansiada.

Del 24 de septiembre al 1.º de diciembre están sanos y contentos en El Escorial, demorándose, en esta ocasión, el regreso a Madrid, por haberle tomado el Rey a la villa del oso y el madroño cierta justificada aversión. Sin más contratiempos, y pensando en repetir la jornada escurialense en la primavera, entramos en el último año de vida de Carlos II.

## V

### Últimos meses.—El episodio diarreico final (1700)

Durante el año 1700 los síntomas de déficit cardiocirculatorio se agudizan notablemente; lipotimias pasajeras, como la sufrida el 6 de enero, ocasionando una violenta caída del Monarca, se repiten con alguna constancia en epístolas y avisos con los calificativos de «desconciertos y desmayos», y esta insuficiencia cardíaca se agrava de día en día, si hemos de dar algún crédito a los relatos del gentilhomme de la Cámara, Duque de Camiño a Harcourt, que encuentra al Rey «... cada día más hinchado, debiendo cambiar de calzado entre cinco y seis de la tarde, extendiéndose el edema hasta las rodillas, alcanzando las manos y aun la lengua, a causa de lo cual se le entiende difícilmente...»

Esta sintomatología alarmante atenúase algo en meses sucesivos, pero se complica en febrero con nuevos desmayos, tos pertinaz con expectoración difícil y fluxión de humores. Los facultativos inician un tratamiento a base de purgas y sangrías, pero como el cuadro no mejora y la tos persiste tenazmente, violenta y seca, con algo de dolor de costado, hubo varias consultas e inclusive intervino en ellas, por expresa voluntad del augusto enfermo, un médico de visita, el Dr. RIVAS. Parece ser que todos coinciden en el diagnóstico de «romadizo», afección

aguda respiratoria muy sospechosa de otra etiología que nos justifique algo de lo pasado y todo lo que vendrá. Los médicos, a la vista de la evolución del proceso, impusieron un plan a base de tisanas de agua-miel, miel rosada y los enérgicos remedios, preconizados entonces, de arpinaro rosado y aloja por espacio de siete días.

Quéjase el Dr. RIVAS de su difícil enfermo, considerándolo como «un niño de cuatro años...», y estima que «... no sobrevendrá la fiebre porque el Rey no está lo bastante fuerte para ello...», observación interesante que nos explica el estado inmunológico del enfermo, que bien puede calificarse hoy de anérgico.

Marzo transcurre mejor. El Rey sigue pálido e hinchado, pero sale en carroza y está animado para las jornadas de campo. Se discute el lugar; él prefiere El Escorial, y otros indican Granada o Guadalupe, prevaleciendo, al fin, su criterio.

El P. Gabriel, confesor de Doña Mariana, da la batalla a los exorcistas que aún creen en su momento; el capuchino italiano es comunicado rigurosamente, mientras el confesor del Rey tiene su puesto «en el alero» y a expensas de la llegada del sustituto, lamentándose quejoso de «que no se haga el menor caso a las revelaciones del demonio...» y amenazando con pedir el apoyo del Cardenal Primado.

Una nueva primavera se presenta, y con ella la decisión de los Reyes de ponerse en viaje el día 1.º de abril para su jornada en el Real Sitio de El Escorial. Las noticias de esta etapa son variadas y contradictorias: así se expresan Harcourt y P. González en sus cartas, pero, según el primero, lo único cierto es que no sale y sigue con las piernas hinchadas; el segundo no es más optimista, pues cree que el no dejarse ver ni hablar es señal de que debe estar muy mal, ya que de otra forma el Rey suele consolar con su presencia y palabra a sus vasallos. GELEEN se quedó esta vez en Madrid, y por eso nada categórico puede afirmarse de la salud de Carlos II en los treinta y cuatro días que se prolongó su estancia en el Real Sitio.

Inmediatamente es decidida la jornada de Aranjuez, donde se encuentran el 21 de mayo, al parecer bastante bien, aunque siga el Rey pálido y vacilante. La estancia se prolonga, sin sobresaltos ni alarmas, hasta el 2 de junio de 1700, en que Carlos II se reintegra a Madrid bastante mejorado, lo que, según Harrach, alegra a muchos y apesadumbra a los «franceses» que ya se las prometían muy felices...

Asiste Carlos II, como es norma tradicional, a las procesiones en la octava del Corpus, e inclusive a la corrida de toros del día 21 de junio, y ante pruebas tan fehacientes de normalidad el pueblo lo acoge jubilosamente.

Las buenas nuevas siguen durante el mes de julio; será la última esperanza para todos, pues el 10 de agosto de 1700 se inicia el proceso diarreico que con algunas remisiones y aparente mejorías le llevará fatalmente al *exitus*.

Jaquecas pertinaces, anorexia y diarrea (ocho deposiciones) son los síntomas que se recogen el día 10, continuándose en el siguiente con vómitos, sudor frío, colapso y diarrea (ocho cursos o cámaras). El día 12 está levantado en su habitación y el 13 nuevamente en cama. Según GELEEN, se le aplicaron los remedios cordiales ordinarios, oponiéndose él a los purgantes y laxantes ligeros, dada la naturaleza del enfermo, con digestiones perturbadas a menudo por falta de calor natural.

Con ligera remisión del síndrome diarreico transcurren doce días del mes de agosto y llega a Madrid el famoso doctor napolitano DONCELLI para encargarse del enfermo. Tiene éste el día 27 vómitos, anorexia y gran debilidad, que no impiden sus paseos habituales, y DONCELLI le somete a un nuevo plan a base de «masajes de aceite en el estómago» y sales de absintio que debe tomar todas las mañanas; y así, con alternativas de vómitos y acusada anorexia, llegamos al día 20 de septiembre de 1700, en el que comienza el episodio final con gran desconcierto, diarrea, palidez e inapetencia absoluta que en días sucesivos se agudizan. El número de deposiciones, recogido fielmente en las epístolas, varía, pero oscila generalmente entre cuatro y ocho, y hay, a partir del 24, pujos constantes y dolorosos que los facultativos de la Cámara pretenden evitar con ayudas y purgantes suaves y un régimen muy severo a base de agua con un poco de vino por las mañanas y agua sola por la noche. GELEEN, que esta vez no se separa de la cabecera, se muestra pesimista y opina que sólo un milagro salvará al Rey en esta ocasión, pues la cura del acero, que podría estar indicada, es incompatible con la acusada intolerancia gástrica y el estado general de Carlos II que lleva cuarenta días inapetente y, por ende, flaco, melancólico, pálido y débil como nunca en su vida estuvo.

En los últimos días de mes persiste en forma alarmante el flujo de vientre, junto con la inapetencia y la postración. Se intenta la alimentación líquida (caldos con yemas), pero los vómitos hacen su aparición, complican el cuadro y es imposible hacerle retener medicamentos y alimentos. Ante tal estado el 29 de septiembre se le administra la Extremaunción y el 30 circulan rumores, que recoge BLECOURT, sobre su muerte, pero el milagro óbrase en esta ocasión, ya que de milagro puede calificarse que después de diecisiete días de padecimiento agota-

dor, en un enfermo orgánicamente deplorable y con más de doscientos cursos de vientre en su haber, se inicie cierta esperanza en que vencerá el ataque. GELEEN se maravilla de esta resistencia, aunque cauto, como sus compañeros, no confíe demasiado en la desaparición total del peligro, y hace bien, pues la diarrea continúa y, según las minuciosas estadísticas sobre las «cámaras», a los diecinueve días de enfermedad ha tenido el Monarca doscientas cincuenta cursos de vientre. A pesar de ello, la ligera mejoría es evidente; algo renace el apetito y atenúase el aspecto cadavérico, lo que, según LANDGRAVE, permitirá «... deshacer la obra del Cardenal que tiene ya el «mal francés» en los huesos...», fallándole así a Portocarrero sus intrigas y preparativos sucesorios.

En vista de estas intrigas políticas se hace de la enfermedad del Rey secreto de Estado, y conjeturas y noticias contradictorias sucedense a mediados de octubre. Dicen en Palacio que mejora, pero otros conductos Blecourt informa que el lunes 11 tuvo nada menos que ¡¡veintidós cursos de vientre!! que, lógicamente, se siguieron de desmayos, frialdad y estado comatoso, dándole algunos por muerto.

Los facultativos han perdido toda esperanza. Ya no intervienen, y menos mal si se han suprimido al egregio enfermo purgas, sangrias y ayudas..., de las que bien poco necesitado está. La alimentación se reduce a algunas cucharadas de caldo y un poco de bizcocho que moja en vino.

GELEEN, tan pesimista y cauto en sus epístolas de septiembre y primeros días de octubre, es ahora de la opinión que el Rey salvará estos difíciles momentos, aunque se niega a firmar el parte que la Cámara da el 16 de octubre de 1700 sobre el «total restablecimiento de S. M.//», lo que no es obstáculo para que cinco días más tarde comunique a Fernando de Harrach su impresión, insistiendo en que el Rey está fuera de peligro y puede, inclusive, esperarse el ¡¡milagro!! de la sucesión.

Muy raro es este repentino cambio en el pronóstico del paciente por los facultativos de su Cámara, y parece no tener ningún fundamento y obedecer exclusivamente a consignas políticas para neutralizar la labor intrigante que algunas personalidades del Reino hacen a costa de la agonía y próxima muerte de Carlos II. Es la única explicación racional que justifique el cambio, máxime cuando el 22 de octubre el mismo GELEEN, comentando la extraordinaria gravedad del proceso, habla de los ¡¡cuatrocientos cursos!! que ha tenido el Rey en los treinta y cinco días de diarrea. Y, efectivamente, estos optimismos debían tener alguna poderosa razón ajena al criterio exclusivamente profesio-

nal, desde el momento que el 24 de octubre la alarma cunde de nuevo. Reaparece la diarrea, más fétida y maloliente que nunca, y Carlos II no tiene fuerzas para nada, ni aun para hacer sus necesidades en los recipientes adecuados. La anorexia es absoluta y la anemia muy acusada, hasta el punto de que debe preguntar a cada instante qué a dicho o hecho.

Así las cosas, el 27 se confía al Cardenal Portocarrero, el Gobierno de la Monarquía, y febril, diarreico, con desmayos y grandes dolores cólicos de vientre, recibe Carlos II el día 29 los Santos Sacramentos.

Las consultas entre los médicos se suceden y las indicaciones básicas son la leche de perlas, cantáridas en los pies y pichones recién muertos en la cabeza, a más de entrañas humeantes de carnero que se aplican sobre el estómago con la finalidad de devolverle el calor natural.

La noche del 29 al 30 fué sumamente inquietante, pues estaba delirante, inquieto, con ataques de «apoplejía epiléptica» que se continuaron hasta la tarde, y tuvo más de quince cursos, amaneciendo con el rostro ennegrecido, síntoma que se acentuó en la mañana. Nadie creía posible que llegara a la noche; estaba sin voz y los médicos acordaron darle el supremo recurso del «agua de vida de Alderete», con lo que se recuperó algo, hasta el punto de que el día 31 pudo descansar algo y tomar tres caldos hasta las siete de la tarde, en que empeoró progresivamente, entrando en la agonía y expirando a las 3,49 de la tarde del día 1.º de noviembre de 1700, a los treinta y nueve años de edad y 42 días de diarrea.

Las noticias en días posteriores dan cuenta de su autopsia: «...no tenía el cadáver ni una gota de sangre; el corazón apareció del tamaño de un grano de pimienta (!), los pulmones corroídos, los intestinos putrefactos y gangrenados, un sólo testículo, negro como el carbón, y la cabeza llena de agua...», datos que juzgamos tienen interés para enjuiciar correctamente el padecimiento postrero del Rey Carlos II.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Resumiendo, vemos que la historia clínica de Carlos II es lo suficientemente completa y detallada para apartarse de una opinión bastante común, recogida por Francisco Quevedo y Villegas con motivo de la muerte del abuelo de nuestro estudiado, el Rey Felipe III.

Dice Quevedo «... que los Reyes sólo están enfermos dos días, el

primero en que caen malos y el que mueren...» No es éste nuestro caso, precisamente.

En Carlos II hay, en primer lugar, una tara hereditaria indudable; es un organismo propicio, desde sus primeros años, a la eclosión de padecimientos y afecciones, pero de esta clínica retrospectiva queremos insistir en algunos extremos.

De una parte, el evidente raquitismo en su infancia; de otra, las características «tercianas» de 1696, en las que, precisamente por su estado orgánico deplorable, recayó repetidas veces e incluso se manifestaron, en ocasiones, en forma totalmente oligosintomática, con ausencia de acceso febril.

Ahora bien: ninguno de estos dos procesos justificarían su corta existencia, si bien contribuyeran a ella. Es preciso suponer que Carlos II padeció un proceso infeccioso crónico grave, que se exterioriza llamativamente en una electividad determinada por su sistema gastrointestinal.

Las diarreas repetidas, cólicos y pujos dolorosos, vómitos, acusada anorexia, adelgazamiento, etc., etc., pueden perfectamente ser la manifestación de una enterocolitis crónica consecutiva a una generalización de un proceso tuberculoso.

La autopsia es, en cierto modo, confirmativa de esta presunción. Carlos II tenía lesiones pulmonares evidentes y una generalización también evidente que se acusa en testículos y meninges y que nos podría explicar algunos trastornos de los últimos días de su vida y su impotencia *generandi*.

Por otra parte, es probable la repercusión sobre otros órganos nobles en una infección grave y duradera, y así el edema, la astenia, la laxitud, adinamia y ennegrecimiento del rostro bien pudieran ser secuela de alteraciones cardíacas coexistentes y de una afectación secundaria suprarrenal.

El romadizo, catarro respiratorio agudo de 1700, es, en cierto modo, confirmativo de una manifestación pulmonar de esta tuberculosis. Más verosímil nos parece enjuiciar así los padecimientos recogidos, que suponerle un cardiópata, cuya hiposistolia justificará la diarrea como de «origen circulatorio», o un disentérico bacilar o parasitario.

Creemos, por tanto, que Carlos II fué un tarado genotípicamente, raquítico y tercianario, y que estas etiologías coincidieron en un organismo tuberculoso, tuberculosis que, generalizada, adoptó las características de una forma predominantemente intestinal de tipo ileo-cecal, causa fundamental de su muerte.

## APÉNDICES

## APÉNDICE I

*Festejos y mojigangas del día 12 de noviembre de 1661.*—«... un médico y un cirujano de estos que matan con licencia y recetas sin duelo; el médico con su insignia de tal y muy calzado de guantes, cuello justo, en la mano derecha un orinal con buen vino, que, según lo encendido del color, parecía estar tercianario. El cirujano con una caja de diferentes unguentos en la una mano y en la otra las espátulas o tenacillas, y en medio de estos dos preparativos se leyó esta letra:

Si de la Cámara son  
los médicos con primor,  
¿de dónde será el peor?

*Cartas de Felipe IV a Sor María de Agreda.*—5 de diciembre de 1661: «... el chiquito famoso y lucido...»

10 de enero de 1662: «... mi hijo se va criando muy sano y lucido...»

3 de abril de 1662: «... mi hijo se va criando muy sanico...»

30 de mayo de 1662: «... mi hijo se va criando en buena disposición...»

10 de julio de 1662: «... el niño se cría muy lindo y sano...»

21 de agosto de 1662: «... mi hijo lindo, lucido y sano...»

13 de octubre de 1662: «... el niño cada día más lucido...»

23 de diciembre de 1662: «... todos buenos...»

19 de febrero de 1663: «... todos buenos...»

*Informe de Sanguin y el Arzobispo de Embrum a Luis XIV.*—«... Il paroît fort faible ayant de dartres aux deux joues que viennent de ces inflammations que l'on appelle icy «empeines» la test toute pleine de croustes, mais ce que ne paroïssoit pas et que je scavoüs d'ailleurs, c'est que depuis quinze jours ou trois semaines il sort de la matiere au dessous de son oreille droite on il y a une ouverture qui purge un peu; et son bonnet tourné covroit adroitement ce casté lá...»

*Avisos de BARRIONUEVO sobre el mal régimen de nodrizas.*—«... aquí todo me lo dan sin especies, sazón ni sal; paso las noches desvelada, y si he de reposar es fuerza retirarme a un camaranchón, lo que se me antoja un levanta faldas, registrándome si me ha venido el achaque; la baraunda y bullicio es grande; la leche, con tantas zozobras, no es posible sea la que es menester...» (Quejas de un ama a Felipe IV.)

«... aunque le vino el mes al ama que criaba al Príncipe, y por esto, después de muchas juntas de médicos y haber escogido muchas amas, se determinó que le mudasen ama, pero no ha querido el Príncipe tomar el pecho de ninguna ama; sino la que antes tenía...»

*Opinión del Embajador alemán Poetting sobre los médicos españoles.*—«... los médicos españoles son excelentes teóricos, pero flaquean en la práctica y no tienen procter universalia et simplicia; medicamentos singulares, o sea corroborantia, como los alemanes, fiándolo todo, en este género de dolencias, a la purga y suavidad de la atmósfera...»

*Audiencia de Embrum y Bernardino de Grigault.*—«... parece sumamente débil, pálido el rostro y la boca muy abierta, síntoma, según opinión de los médicos, de alguna perturbación gástrica, y aun cuando dicen que anda por su pie y que los cordones por los que le sujeta la Menina Doña Micaela de Tejada sólo sirven para evitar un mal paso, póngolo en duda, porque vi tomar la mano de su Aya para apoyarse en ella cuando se retiraba. Sea como fuere, no le pronostican los médicos larga vida y ésta parece ser aquí fundamento y norma para todas las deliberaciones...»

*Catarro febril de 1669.*—Carta del Nuncio de 16 de febrero de 1669: «... sono alcuni giorni ch'il Re si resenti un poco di catarro; ha havuto vomiti e qualche alteratione, per la quale all'usanza di questo clima, hanno questa matina risoluto di cavargli sangue...»

Carta de Villars a Luis XIV de 20 de febrero de 1669: «... cor la Roy d'Espagne a eté fort malade et l'on le croyait mort...»

*Régimen de comidas.*—Desayuno y merienda: Chocolate sobre salvilla repreta de bizcochos.

Mediodía: Sopa de pan, potaje de habas, guisantes o calabaza. Un bullón aromatizado e ilustrado con tropezones de garbanzos, lechuga o escarola. Seguía el cocido y luego los manjares fuertes, dos entradas de carne y una de pescado, y remataban el yantar los postres (natas, quesos, confituras, fruta variada, pasas, orejones, confites de anís, etc.).

Cena: Tres platos: Uno de huevos, otro de carne y otro de ensalada; postres, dulces y fruta.

## APÉNDICE II

*Cartas de Carlos II a su madre.*—25 de enero de 1679: «... alégrome que tengas salud, yo también estoy bueno a Dios gracias...»

11 de Marzo de 1679: «... yo estoy bien a Dios gracias y el tiempo es muy a propósito para gozar del campo...»

*Padecimiento en Lerma.*—Informe de un personaje del séquito al Duque de Pastrana el 2 de noviembre de 1679: «... el Rey nuestro Señor se sintió ayer arromadizo, acostóse, y sin verle médico dijo que no quería cenar. Esta mañana despertó S. M. alegre, asegurando había pasado bien la noche y pidiendo chocolate. Viéronle los médicos y dijeron no estaba limpio de calentura, que tenía aquella que necesitaba para cocer el catarro y que se estuviera en la cama. Toda la ma-

ñana permaneció con alegría pidiendo de comer, porque tenía hambre. Hizolo muy bien a las once y los médicos dijeron que estaba bueno. La tarde la ha pasado Su Majestad bien; tuvo un sudor general leve, que no fué menester mudar camisa. Quedó perfectamente limpio de calentura y después estuvo en muy buena conversación, sentado en la cama viendo jugar al renegado, pidió recado de escribir y escribió a la Reina madre nuestra Señora. Comió a las siete muy bien y con mucha gana. Fué tratado con miel rosada y ayudas, las primeras que le pusieron varones...»

*Medios para conocer si es posible la fecundación.*—«... una manera curiosa de conocer si el hombre y la mujer son aptos para la fecundación consiste en echar simiente del varón en una escudilla llena de agua fría y si nadare sobre el agua es que es estéril, si se va al fondo es para empreñar. Tocante a la mujer aconséjase poner un diente de ajo a la boca de la madre y si de dentro sintiese el olor del ajo hasta la boca y hasta las narices aparejada esté para concebir y si no nó...»

*Padecimiento de 17 de abril de 1693. Parte redactado por la Cámara.*—«... el martes, último día de marzo, se sintió algo indispuerto el Rey nuestro Señor que Dios guarde, pero creyendo S. M. fuese algún accidente catarral no se dió por entendido de ello y fué el día inmediato, miércoles, a caza, y el jueves por la mañana al Convento de la Victoria, haciendo un viento recio y frío, y sintiéndose S. M. más agravado en la noche manifestó entonces el mal. Resolvió no cenar y los médicos le hallaron con algún género de calentura, pero con buenas orinas y pulsos firmes, aunque quejándose de copia de excrementos y grande embarazo, y cargazón en la primera región, con dolores que le molestaban en la pierna y pie siniestro, en la espalda y parte anterior de la cabeza. Juntáronse el viernes los médicos de Cámara, y hallando que permanecía la calentura determinaron evacuar a S. M. el sábado con una purga ligera, y tomola a las siete de la mañana y a cuarto y medio de hora la volvió con gran copia de flemas. Confortósele el estómago, y pasada una hora se le dió otra en menos cantidad, y habiéndola detenido hizo de seis a siete cursos, y al fin de la purgación hizo otro vómito de humor colérico, quedando el estómago y parte del vientre inquieto y flatulento, recibiendo grande alivio siempre que lo expelía. Domingo por la mañana se le hizo un medicamento casero que le obligó a levantarse nueve veces; repitióse el mismo medicamento lunes por la mañana, con que hizo tres cursos; martes se le hechó una lavatiba, y habiendo hecho un curso antes del mediodía se halló muy conturbado y con más inapetencia de la que había tenido los días antecedentes, y comió, sin embargo, y reposó, según costumbre, tres cuartos de hora, y a poco rato después hizo otro curso, y la calentura desde el día jueves que se observó fué siempre continua, recalentándose en el principio de la tarde y poniéndose algo más rojo de cara, cesando en breve tiempo lo uno y lo otro, declinando de suerte que a las ocho y media podía tomar una cena moderada, recogíendose a las nueve y durmiendo con quietud casi todo el tiempo acostumbrado...»

*Mejoria del Rey.*—Carta de 16 de abril de 1693 (Doña Mariana al Elector): «... El Rey ha quedado limpio de fiebre merced a un sudor que espontáneamente provocó la naturaleza. Si los médicos le hubieran dado un sudorífico se habrían podido aborrrar purgas y sangrías...»

*Buena salud y tercianas en Madrid.*—Carta de 8 de mayo de 1694 (la Berlips al gran Maestre Luis Antonio): «... La Reina, así como el Rey, gozan de buena salud, aunque no han salido al campo a causa de la epidemia reinante. En Madrid también se advierte el gran número de muertes repentinas. Ha fallecido el Marqués de Villamaina, primer caballero de la Reina, y dicen que le sucederá el Conde de Pombal...»

Carta de 4 de agosto de 1694 (Doña Mariana al Elector de Baviera): «... la salud perdura, no obstante abundar las enfermedades en Madrid...»

Año 1695 (ref. LANCIER y BAUMGARTEN): «... fué año de nieves, aunque la cabal salud de los Reyes continuó. Los Reyes en Aranjuez disfrutaron de buena salud...»

### APÉNDICE III

*Enfermedad y muerte de la Reina madre.*—8 de abril de 1696 (Mariana de Neoburgo al Elector): «... como la Reina madre no se fia de los doctores de la Real Cámara ruego a S. A. que envíe lo más pronto posible un médico alemán...»

12 de abril de 1696 (Mariana a su madre): «... escribió a su hermano pidiéndole que venga cuanto antes el mejor médico que se pueda hallar en el mundo y la ruega que active esta diligencia...» «... hay especialistas que, según parece, curan el cáncer, y se habla de uno muy bueno que reside en Colonia...»

28 de abril de 1696 (Emperatriz al Elector): «... le remite con urgencia la carta tan apremiante de la Reina de España para que envíe cuanto antes un médico...» «... en WIRTZ no se puede pensar porque está tan achacoso que se moriría en el camino...»

11 de mayo de 1696 (Baumgarten al Elector): «... se esperan con impaciencia grande los médicos y cirujanos que han de venir. Hay ya dos extrangeros, uno de ellos es partidario de sajar el tumor, contra el parecer de los facultativos españoles, por lo cual no se hará...»

13 de mayo de 1696 (Elector a Doña Mariana): «... explicó el caso a sus dos médicos y tres de sus cirujanos (SHONEN, FROSSINI, EYLARTE, GAEN y PACHIOLI) y acordaron aconsejarle que saliese para Madrid el famoso médico y cirujano RUFFINI...»

18 de mayo de 1696 (Elector a Doña Mariana): «... los médicos estiman lo más acertado enviar al célebre cirujano WAMMELE, que salió el 12 para Madrid...»

19 de julio de 1696 (Doña Mariana al Elector): «... RUFFINI tuvo que volverse desde la frontera...»

*Paludismo de Carlos II. Aplicación, tratamiento y quina.*—8 de septiembre de 1696 (LANCIER): «... la indisposición del Rey comenzó el viernes, durante el cual tuvo tres cursos de vientre y vómitos. El sábado se repitieron estos fenómenos, pero no guardó cama hasta el domingo en que los médicos le hallaron febril, con recargo por la tarde. El lunes se purgó con buen resultado, y el martes, hacia la una de la tarde, le sobrevino acceso tan fuerte que al anochecer deliraba a ratos y caía otros en postración con caracteres de síncope...» «... la noche siguiente la pasó tranquilo y hoy ha tenido, como de costumbre, el acceso de fiebre, pero ha sido leve y puede dársele por curado si no sobrevienen complicaciones...»

13 de septiembre de 1696 (Dr. GELEEN al Elector Palatino): «... no puede escribir de su puño porque está enfermo. Prosigue la convalecencia de la Reina, pero el día 9 tuvo el Rey un ataque de terciana que en su segundo acceso, o sea el 11, le produjo sopor y delirio, con gran alarma de la Corte, hasta el punto de administrarle los últimos Sacramentos y hacerle hacer testamento. Al día siguiente amaneció mejor y ha podido purgarse, hallándose en vías de curación...»

14 de septiembre de 1696 (Baumgarten al Elector): «... la enfermedad del Rey fué muy grave y el martes se le tuvo por moribundo. El sopor de la calentura alarmó sobremanera a los médicos, que hicieron todo lo posible para sacarle de él, y apenas se hubo conseguido le administraron los Sacramentos...» «... la víspera subió mucho la calentura, sobre todo al atardecer, utilizándose para conservar despierto a S. M. todos los remedios, incluso ventosas y aceite de vitriolo. Al amanecer del día de la fecha se le pusieron sanguijuelas, y el acceso febril se presentó una hora más tarde que la víspera. Dos horas después se le dió la quina por primera vez, que se repetirá a las ocho de la noche, porque al día siguiente, que es según unos el séptimo y según otros el noveno de la enfermedad, preocupa mucho a los facultativos. Algunos quieren sangrarle...»

FERNÁNDEZ (defensa de la china-china, págs. 30-31): «... sea, pues, la observación primera, como notoria a todo el mundo, la que sucedió con nuestro Rey y señor D. Carlos II que D. g. Dióle a S. M. el catorce de septiembre del año pasado de 1696 una terciana perniciosa por decúbito de humor a la cabeza, con sopor y otros accidentes tan terribles que obligaron a que sus insignes médicos de Cámara pasasen a decir era necesario que S. M. se confesase y recibiese el Santo Sacramento de la Eucaristía...» «... pasaron a dar a S. M. la china-china, y cuando toda la Corte estaba temblando esperando no nos anoheciera el día en la otra accesión, se experimentó el que, aunque vino, vino tan remisa que todos nos empezamos a dar la enhorabuena de tan feliz suceso, el cual remedio continuado faltaron totalmente las accesiones...» «... La Reina nuestra Señora también la ha tomado en varias ocasiones de consejo de sus médicos con felicísimo suceso, como sabemos todos los que estamos en la Corte...»

*Primera recaída palúdica de Carlos II.*—25 de octubre de 1696 (GELEEN al Elector): «... sigue su curso la convalecencia de la Reina. No así la del Rey, quien tuvo una recaída en su terciana, con cuatro o cinco paroxismos, si bien desde hace otros tantos días se halla de nuevo limpio de fiebre con gran satisfacción de la Corte, ya que era muy de temer en tiempo de otoño que la terciana degenerase en cuartana. Precisamente la causa de este retroceso ha sido, a juicio mío, la prisa que contra mi dictamen se han dado los médicos españoles, ante la inminencia del mal tiempo, para aplicar la cura paliativa de la quina sin haber tomado antes las indispensables precauciones, con lo cual la causa morbosa no actúa, pero no se elimina como lo aconseja la terapéutica. Así se explica que haya reaparecido produciendo opilaciones y obstrucciones de las vías naturales, que se hacen patentes en la palidez del rostro y el amarillento color de la tez. Es, pues, inexcusable combatir estos residuos, y con tal fin he recetado como remedio más idóneo que se ha de aplicar exclusivamente, esencia de «murex tinturia et cata» todas las mañanas, tratamiento que los facultativos españoles aprueban, aun cuando se conozca poco en este país...»

*Paludismo de Doña Mariana. Tratamiento con quina.*—1.º de septiembre de 1696 (la Berlips al Elector): «... después de la sangría volvió a la Reina la calentura y empeoró de modo que se puso a la muerte, administrándole los últimos Sacramentos el sábado 18 de agosto a las doce de la noche. Disminuyeron los dolores de la matriz, pero siguió muy alta la fiebre hasta que se aplicaron sanguijuelas en el bajo vientre, con lo cual quedó limpia de calentura...» «... los médicos dudan si aqueja una fiebre sencilla, terciana o cuartana...»

10 de septiembre de 1696 (la Berlips al Elector): «... la Reina está limpia de calentura. El diagnóstico de los médicos es que padeció tercianas dobles y después fiebre sencilla. La víspera se creyó que sería cuartana, pero sólo resultará así si vuelve al día siguiente de la fecha en que escribe...»

20 de septiembre de 1696 (la Berlips al Elector): «... tras de haber remitido durante dos días la fiebre del Rey, volvió al tercero con muy fuerte tos. La situación no puede ser más triste. La Reina ha padecido otros dos accesos de cuartana...»

26 de septiembre de 1696 (la Berlips al Elector): «... sigue la Reina con fiebre, no muy alta, pero sí pegajosa. Los médicos se han resuelto al fin a darle la quina, y en los tres días que hace que la toma le ha hecho mucho bien. Proseguirá este tratamiento durante un novenario y luego tomará leche de burra para refrescar la sangre. El Rey está también repuesto...»

27 de septiembre de 1696 (LANCIER al Elector): «... no está todavía S. M. limpia de fiebre, aunque es pequeña y los médicos la llaman ardor. Ahora toma quina y se deja curar por los médicos españoles, cosa que había resistido siempre, aun en lo más grave del ataque último...»

27 de septiembre de 1696 (Dr. GELEEN al Elector): «... se dió por fin la quina al Rey después de tres accesos acompañado uno de letargo...» «... la Reina cayó enferma el 14 de agosto y le hizo llamar...» «... ha habido muchas personas enfermas en la Corte y seis han muerto, entre ellas la camarera mayor, Duquesa de Alburquerque...» «... La Reina sigue con alternativas, muy cambiada de carácter y con gran depresión de ánimo. Después de varios días sin calentura volvió a tenerla el día 17. Se presentó la menstruación con dolores y vómitos. Hubo que darle la quina...»

«... no puedo encarecer el huracán de calumnias que la enfermedad del Rey ha desatado contra la Reina. No hay en el mundo país tan bárbaro como éste y que sea tan avieso con sus Reyes. Vale más ser la más humilde Princesa alemana que Reina de España, y como yo opinan todos mis compatriotas...»

«... La Reina tendrá que hacer una cura de agua mineral y leche de burra. Su enfermedad se atribuyó a los remedios que le propinaron para impedir el aborto quienes creían que estaba embarazada. El pueblo ha querido lapidar al médico culpable del caso...»

10 de octubre de 1696 (la Berlips al Elector): «... la Reina está limpia de fiebre hace dos semanas gracias a la quina, pero todavía, después del último correo, recayó otra vez con sudor frío y calentura que llaman «síncopa» y es peligrosa...»

8 de noviembre de 1696 (Baumgarten al Elector): «... la Reina salió la víspera por primera vez al parque para tomar el aire. El Rey sigue con las tercianas dobles...»

*Segunda recaída palúdica de Carlos II. Nuevo tratamiento con quina.*—8 de noviembre de 1696 (LANCIER al Elector): «... la terciana del Rey, primero sencilla y luego doble, ha degenerado en cuartana, de lo cual tuvo la víspera un leve acceso que duró algunas horas. Lo que más preocupa a los médicos es la melancolía en que ha caído S. M.»

22 de noviembre de 1696 (Dr. GELEEN al Elector): «... el Rey está limpio de fiebre desde hace diez días, pero aún no se tiene certeza de que no recaiga...»

7 de diciembre de 1696 (Dr. GELEEN al Elector): «... El Rey está ya libre de la terciana doble en la que recayó varias veces, sin gran daño, pero sigue postrado, fatigado, flaco y pálido, con poco apetito y menos ganas de levantarse, consumido por la hipocondría y quejado por tos seca, síntomas todos que el invierno no es estación propicia para combatir...»

21 de diciembre de 1696 (Dr. GELEEN al Elector): «... pese a la repugnancia de los médicos españoles, escarmentados por el ensayo anterior, se ha tenido que volver a hacer uso de la quina para extirpar las tercianas del Rey. Es un paliativo que no hace sino efecto pasajero, y además la debilidad orgánica del Rey y el mal tiempo constituyen serios peligros. La Reina atajó su cuartana después del segundo ataque...»

20 de diciembre de 1696 (LANCIER al Elector): «... ha desaparecido la fiebre del Rey gracias a la quina, que seguirá tomando hasta que desaparezca el temor de toda recaída. No la tuvo la Reina para su pasada cuartana...»

4 de enero de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... mejora el Rey...»

8 de enero de 1697 (la Berlips al Elector): «... el Rey está completamente limpio de fiebre; asistió a la Capilla...» «... la quina le sentó muy bien, sin los inconvenientes que se temieron, y está recobrando el buen color...»

1.º de febrero de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... después de cincuenta días sin fiebre tuvo el Rey un ataque de tercianas el 23 de enero. Está visto que hasta la primavera no logrará reponerse, dada su flaca naturaleza...»

14 de marzo de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... no varió el estado del Rey desde mi última. Sigue flaco, pálido y con la mirada muy triste, como si tuviera los ojos siempre anegados en lágrimas...»

*Ligera mejoría.*—28 de marzo de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... el Rey mejora, como se esperaba, con el advenimiento de la primavera...» «... quiere trasladarse a Aranjuez y también la Reina lo desea...»

13 de abril de 1697 (la Berlips al Elector): «... Los Reyes siguen bien y han hecho la cura preventiva de la primavera, consistente en purga y sangría, aunque al Rey, en vez de esta última, se le han puesto sanguijuelas. El 24 se irán a Aranjuez y la Reina seguirá con el régimen lácteo...»

25 de abril de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... El Rey ha comenzado su cura ferruginosa y ya no va a Aranjuez para asegurar la eficacia del tratamiento...»

*Recaída de Doña Mariana en sus «tercianas».*—9 de mayo de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... desde hace cuatro días estoy en Palacio de guardia permanente, incluso la noche, a causa de la fiebre alevada que con intervalos e intermitencias padece la Reina, acompañada como en el año último por grandes perturbaciones en la matriz. El segundo paroxismo duró más de veinte horas y coincidió con fenó-

menos de fatiga, abogós e inflamación en la garganta, los cuales se repiten con los accesos. Luchó con grandes dificultades para que los médicos españoles acepten mi tratamiento, aunque sentó muy bien a S. M. en anteriores ataques...» «... Diré el nombre de la dolencia a fin de que V. A. pueda pedir explicaciones a su médico. Se trata de una terciana intermitente determinada por complicaciones morbosas uterinas...»

23 de mayo de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... puedo dar mejores noticias de la salud de la Reina después del sexto ataque, pues lleva ya varios días limpios de fiebre. Se le ha combatido con la quina, único febrífugo de que usan los españoles. No es malo en verdad cuando no existen contraindicaciones, una de las cuales es el flujo femenino, porque esa medicina puede impedirlo. Lo espera la Reina para el día siguiente y ha creído deber reñir batalla con cinco médicos españoles, sosteniendo que era peligroso administrar la quina no sólo cuando la menstruación ha comenzado, porque la contiene, sino cuando está próxima, porque la suprime, cosas ambas notoriamente nocivas. No logró convencer sino al Decano; los otros cuatro persisten en su opinión para halagar a la Reina que lo supedita todo a no tener el acceso de fiebre...» «... creo que en persona tan robusta y regular para sus secreciones mensuales, la supresión de ellas es más temible que la aparición de una fiebre cilla sin importancia...»

24 de mayo de 1697 (la Berlips al Elector): «... pasaron, gracias a la quina, los ataques de fiebre de la Reina que tanto la hicieron sufrir a ella y a cuantos la rodeaban...»

*Mejoría de los Reyes.*—7 de junio de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... ayer tuvo el Rey ligera molestia febril. Ella está completamente bien...»

20 de junio de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... la Reina está completamente bien...»

8 de julio de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... Los Reyes siguen muy bien. La Reina lleva veintitrés días de tratamiento con leche de burra, y como esto le obliga a madrugar sale al campo a las cinco de la mañana.»

20 de julio de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... la cura de la leche de burra sienta muy bien a la Reina, que tomará también los baños...»

29 de agosto de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... El Rey ha tenido un vértigo. No está aún repuesto de su última enfermedad. Sigue flaco, postrado, más irresoluto y melancólico que nunca...»

12 de septiembre de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... Los Reyes siguen bien...»

10 de octubre de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... el rey está tan cambiado que parece otro desde que recibió la noticia de la firma de la paz...»

25 de octubre de 1697 (Dr. GELEEN al Elector): «... no recuerdo haber visto al Rey tan alegre y animado. La Reina está espléndida, hecha un ángel y serafín...»

9 de noviembre de 1697 (la Berlips al Elector): «... la salud es buena y el viaje a Toledo sentó muy bien a Sus Majestades...»

22 de noviembre de 1697 (Harrach al Emperador): «... Los Reyes gozan de buena salud...»

## APÉNDICE IV

*Cura del acero, regímenes, jornada.*—16 de enero de 1698 (la Berlips al Elector): «... anteayer tuvo S. M. vómitos que alarmaron mucho, pues suelen prelu-  
diar la fiebre. Gracia a Dios está mejor...»

1.º de febrero de 1698 (Doña Mariana a su madre): «... me he purgado al mis-  
mo tiempo que el Rey, iniciando con este remedio, los dos, la cura preventiva de  
la primavera...»

28 de febrero de 1698 (Pedro González a Prielmayer): «... la falta de salud que  
el Rey ha padecido en estos días pudiera dar alguna aprensión, pues aunque su  
enfermedad no es de cuidado no obstante ha precisado purgas y otros medicamen-  
tos cuya novedad, en tiempo de frío, aires y aguas, ha vuelto a dar impulso a  
discursos melancólicos acerca de lo que vendría a parar esto...»

13 de marzo de 1698 (Doña Mariana al Elector): «... el Rey está indispu-  
esto con un catarro...»

14 de marzo de 1698 (la Berlips al Palatino): «... sobrevino la enfermedad del  
Rey...» «... lo que se impone es sacar al Rey de la gran melancolía en que  
ha caído...»

26 de marzo de 1698 (la Berlips al Elector): «... SS. MM. están bien, aunque  
el Rey sigue pálido y con bastante hinchazón...»

28 de marzo de 1698 (GELEEN al Elector): «... me es grato comunicar a V. A.  
buenas noticias de la salud de SS. MM., puesto que prosigue la convalecencia del  
Rey, habiéndose de celebrar mañana consulta de médicos para decidir cuál clima  
le será más conveniente y cómo debe seguir la cura ferruginosa contra la melan-  
colía hipocondríaca, aun cuando a mi juicio lo más indicado serían las aguas de  
Spa, si los doctores españoles se dejaran persuadir de sus especiales virtudes...»

10 de abril de 1698 (Dr. GELEEN al Elector): «... Tuve ocasión de decir al Rey,  
en presencia de la Reina, que debería seguir el consejo de los médicos y cambiar  
de aires. Ahora practica una cura que consiste en tomar cuatro partes de agua  
ferruginosa con una de vino, y le está sentando bien. Da señales de mayor alegría  
y ha resuelto que le acompañe la Reina, contra la voluntad de los médicos que  
querían dejarla en Madrid...»

12 de abril de 1698 (Doña Mariana a su Madre): «... El Rey está mejor, terminó  
su cura...»

18 de abril de 1698 (Harrach): «... tanto cuidado puso S. M. en ocultarse de  
mí, que no pude advertir el color de sus ojos ni el de su tez; pero mi hermano,  
que aguardaba a la puerta, tuvo ocasión de observar cómo para salir del cuarto  
se apoyó con las dos manos en los hombros de un lacayo...»

24 de abril de 1698 (GELEEN al Elector): «... el Rey prosigue con buen resul-  
tado su cura de azero...»

25 de abril de 1698 (Bertier a Prielmayer): «... se proyectó el viaje del Rey,  
por algunos meses, eligiendo la ciudad de Toledo...»

8 de mayo de 1698 (GELEEN al Elector): «... me hallo en Toledo, con la Cor-  
te, desde el 25 del pasado. El Rey prosigue su cura ferruginosa con algún resultado,  
pero no tal como se podía esperar. Lleva ya veintidós días y la continuará hasta

los treinta y cinco. Sólo entonces se verá si le sientan o no estas aguas minera-  
les. La Reina se ha sangrado dos veces, por haber advertido ligera alteración en  
su sangre, cosa que no es de extrañar, no obstante su buena complexión, por las  
frecuentes emociones...»

8 de mayo de 1698 (P. González a Prielmayer): «... El Rey se encuentra me-  
jor de lo que se fué en Toledo, ganando más y más hacia la mejoría, habiéndole  
suspendido el tomar el acero y los demás medicamentos, por la destemplanza con  
que ha andado el tiempo...» «... también la Reina se ha sangrado dos o tres veces,  
porque aseguran que salió de Madrid con calentura, disimulando algunos accesos  
en pie, sólo por no perder de vista al Rey...»

9 de mayo de 1698 (Doña Mariana al Elector): «... la cura de agua mineral ha  
sentado bien al Rey...»

23 de mayo de 1698 (Doña Mariana al Elector): «... estamos en Toledo, donde  
el Rey hace su cura, pero sigue con mala cara. Yo, después de purgarme, tomo  
leche de burra y hago ejercicio durante tres horas diarias...»

26 de mayo de 1698 (la Berlips al Elector): «... el Rey ha terminado su cura,  
que quiera Dios hacer provechosa, pues a causa de sus achaques aborrece el tra-  
bajo y los Ministros tampoco se preocupan de nada...»

5 de junio de 1698 (Dr. GELEEN al Elector): «... la salud de Sus Majestades ha  
mejorado. El Rey terminó su cura de acero, que duró los treinta y cinco días pres-  
critos, y toma ahora polvo de víboras para vigorizar y restaurar su naturaleza. Se  
halla completamente normal en el comer, beber y dormir y en sus demás funciones  
espirituales, incluso mejor que antes...» «... está más alegre que nunca, y si el  
calor sigue bajo se debe a su complexión nativamente débil. Subsiste, sin em-  
bargo, la propensión a recaer por causas minúsculas, y confieso que los treinta y  
seis años de S. M. parecen cincuenta, con lo cual no se puede menos de vacilar  
entre el temor y la esperanza, porque la medicina no suple lo que negó la na-  
turaleza...»

*Dolencias. Pesimismo en la Cámara.*—26 de junio de 1698 (Harcourt a Luis XIV):  
«... el Rey estuvo ayer de paseo hasta las nueve de la noche. Después de cenar  
tuvo un mareo del que salió en seguida, pero se le renovaron luego los accesos  
durante cerca de dos horas, y el último de ellos (que en España llaman flatos)  
fué el más largo, dejándole sin sentido y sin pulso hasta el extremo de que lo cre-  
yeron muerto. Para hacerle volver en sí le apretaron con fuerza los muslos y las  
piernas y manos, consiguiéndolo a poco. Le dieron después un enema, que le sen-  
tó muy bien, provocando amplia evacuación, y esta mañana se ha purgado con  
buen éxito, puesto que no tiene fiebre...»

30 de junio de 1698 (Harcourt a Luis XIV): «... S. M. se levantó el sábado, y  
ayer domingo asistió a la capilla, aunque sin séquito, y continúa bien. Los médicos  
celebran consultas diaria con poco resultado, porque le hallan débil y no ven po-  
sibilidad de ningún remedio. Parece ser que se contentaran con ponerle una can-  
tárida. La mayoría de los facultativos creen que está extenuado y no asimila los  
alimentos que ingiere. La opinión general supone que no pasará del invierno, si  
bien es muy difícil acertar a estos vaticinios sin gran experiencia médica...»

1.º de julio de 1698 (Harcourt a Luis XIV): «... los doctores han resuelto apli-  
car al Rey dos cantáridas, una en el brazo y otra en la pierna. Ayer salió S. M.  
a pasear en coche y llegó hasta el Retiro, pero sigue muy débil, sobre todo de la  
cabeza...»

3 de julio de 1698 (Harcourt a Luis XIV): «... El Conde de Benavente, a quien acabo de preguntar en Palacio, me ha dicho que el Rey pasó muy bien la noche y que se le han levantado por apósitos de las cantáridas...»

3 de julio de 1698 (Mariana al Elector): «... lo importante es que el Rey conserva la salud que ha recuperado después del grave desfallecimiento que tuvo ocho días atrás...»

4 de julio de 1698 (Dr. GELEEN al Elector): «... el pánico en la Corte ha sido indescriptible, pero al día siguiente del ataque se purgó el Rey y el 28 se levantó reanudando su vida ordinaria. Toma todavía víboras pulverizadas y pollos alimentados con este ingrediente, pero la mejoría no es, en verdad, notable. Se le han recetado, contra mi dictamen, dos fontanelas (exudatorias), pero, a mi juicio, el mal consiste en que no asimila lo que come, según lo comprueba el hecho de que los excrementos exceden con mucho en volumen a lo que ingiere. En la Corte se supone que la causa del terrible desfallecimiento pudo ser haber reanudado la cohabitación con la Reina, pero la hipótesis carece de fundamento, porque me consta que los Reyes no han vuelto a dormir juntos ni lo harán *sic stantibus rerum* hasta Navidad. El otoño y el invierno son muy de temer, sobre todo si se obstinan los médicos españoles en privarle del único remedio que está indicado, que es el vino puro. Si se pudiese apelar a cualquier facultativo imparcial, seguramente me daría la razón, porque no hay síntoma de complejión fría que el Rey no tenga (lagrimeos, fluxión nasal, hinchazón de lengua que le impide hablar claro, color cadavérico, pereza para moverse, flemas en el pecho y otras señales que acusan todas las necesidades de que beba buen vino si ha de conservar la salud tanto tiempo como es menester, con la voluntad de Dios...»

8 de julio de 1698 (Harcour a Luis XIV): «... El Rey hace su vida ordinaria y, no obstante su debilidad, salió la víspera y la antevíspera, pero perdura la hinchazón, aunque se presenta en distintas partes del cuerpo...»

17 de julio de 1698 (la Berlips al Elector): «... siguen bien SS. MM. Las fontanelas del Rey comienzan a correr, y quiera Dios que le permitan eliminar todos los malos humores, ya que la menor calentura puede producir una catástrofe...»

*Indigestión. Cábalas. Informaciones tendenciosas.*—29 de julio de 1698 (Harrach al Emperador): «... el mes de septiembre tiene fama de funesto para los Reyes españoles, porque en él murieron los tres Felipes (II, III, IV), hasta el punto que este último dijo en octubre de 1664 que estaba seguro de vivir un año más, como así aconteció. Por eso se teme mucho el mes próximo. El Rey tiene, sin embargo, mejor aspecto y el día de S. Bartolomé se le vió en la Capilla con alegre semblante. El doctor GELEEN me ha dicho que por ahora no hay temor ninguno y que puede vivir así muchos años. Los médicos le han autorizado para se reúna con la Reina, pero parece que lo demorará hasta octubre. También han deliberado sobre el clima que convendría mejor a los Reyes, y vacilan entre Toledo, Talavera y Guadalajara sin ponerse de acuerdo...»

30 de julio de 1698 (Harcourt a Luis XIV): «... he sabido por dos médicos diferentes que las fontanelas del Rey han dejado de supurar, que aumenta su debilidad, hasta el punto de no poder tenerse en pie sin vértigos; que no come sino la tercera parte de su ración habitual y que no da paso y menos sube un escalón sin que se le sostenga...»

17 de agosto de 1698 (la Berlips al Elector): «... SS. MM. están bien gracias a

Dios. Las fontanelas han aprovechado al Rey, disminuyendo su habitual destilación...»

29 de agosto de 1698 (la Berlips al Palatino): «... El Rey sigue mejorando, porque la destilación es menor, la hinchazón desaparece y le vuelven los colores. Pasado septiembre no habrá que temer y podrá vivir largos años y hasta alcanzar sucesión, cosa tan necesaria para su monarquía y nuestra querida patria alemana. Hoy por hoy está España prácticamente asediada por mar y tierra, y la culpa la tienen los médicos, acaso cuyo pronóstico fué que el Rey no sobreviviría pasada la canícula...» «... mientras tanto, no ganamos para sustos y acabamos de tener uno terrible a consecuencia de una indigestión del Rey producida por unos cacahueses que no estaban buenos. Afortunadamente, se limpió con vómitos y hoy ha comido según costumbre...»

29 de agosto de 1698 (Harcourt al Marqués de Toroy): «... El Rey ha tenido hoy, hacia las diez, un gran desarreglo que le ha mortificado mucho. Los médicos resolvieron que se retrasase la comida hasta la una de la tarde, y después le sobrevino un desmayo semejante al que padeció en S. Juan, permaneciendo más de una hora sin sentido y como muerto. Sólo volvió en sí cuando le hubieron oprimido fuerte las extremidades como la otra vez...»

*Trastornos gastrointestinales. Mejoría.*—4 de septiembre de 1698 (la Berlips al Palatino): «... anteayer tuvo el Rey un gran desconcierto con fuertes dolores de vientre y hasta doce vómitos. El ataque ha pasado ya, pero recae constantemente...»

12 de septiembre de 1698 (Dr. GELEEN al Palatino): «... no pude avisar a V. A. del accidente ocurrido al Rey en 28 de agosto, porque estaba yo en cama a consecuencia de súbita y violenta enfermedad. Encontrándome ya bien paso a dar a V. A. cuenta detallada del caso. Al sentarse el Rey a la mesa en la noche del día mencionado se notó inapetente y con propensión a las náuseas, por causa de algún vapor maligno o ventosidad que se le había subido a la cabeza. Se acostó sin probar bocado y tuvo por tres veces consecutivas un desmayo breve, lo bastante intenso a causa de su débil complejión para hacerle perder el uso de la palabra, el movimiento y el sentido. Afirma el médico que le asistía que tuvo luego convulsiones de brazos y piernas y torcedura de ojos y boca. Creen todos que se trata de una alferecía, especie de epilepsia, que no sería muy grave si no se presentase acompañada de desfallecimiento del corazón y pulso, sudor y frialdad en las extremidades, porque el síncope en persona de su edad es harto más alarmante y peligroso que el mal caduco cuando se produce repetidamente sin causa que lo justifique. He de confesar que este ataque causó a la Corte indescriptible consternación, debida principalmente a la actitud de los médicos, que en esta ocasión, como en otras anteriores, comenzaron por desesperar, sin disimularlo a los de fuera, muchos de los cuales afectos a Francia lo divulgaron por todo Madrid...» «... en realidad está ya bueno y hace la vida de antes, preocupándose los médicos de evitar nuevas recaídas. Pero es lástima que algunos sean tan rutinarios que no se convenzan de que S. M. necesita el vino tanto como el pan...»

9 de octubre de 1698 (Ariberti al Elector): «... El Rey ha mejorado mucho, aunque el tiempo de octubre no suele ser favorable. Sigue con escrupulosa obediencia las prescripciones de los médicos que abusan de su poder, porque saben que S. M. no come, ni bebe, ni duerme sin su permiso. La Reina se ha purgado y sangrado dos veces. Toma leche de burras, tratamiento que quizá tendrá que

suspender cuando venga el frío. Su aspecto es excelente y, sin duda, se medicinó por precaución...»

10 de octubre de 1698 (Dr. GELEEN al Elector): «... aunque el Rey sigue bueno no se habla de que vuelva a hacer vida común con la Reina, porque nadie se atreve a suscitar el tema y asumir la responsabilidad de la recaída que ello podría producir...»

23 de octubre de 1698 (Harcourt a Luis XIV): «... tiene pocas noticias que comunicar. El Rey está mejor. Sigue pálido e hinchado...»

7 de noviembre de 1698 (Ariberti al Elector): «... El Rey sigue bien a pesar del mal tiempo...»

22 de noviembre de 1698 (Ariberti al Elector): «... El Rey sigue mejor, aunque pálido. Ha de ayudarse con enema un día sí y otro no. No se ha reunido aún con su mujer...»

3 de diciembre de 1698 (Dr. GELEEN al Elector): «... Los Reyes gozán de perfecta salud y organizan muchas hermosas fiestas...»

*Hidropesía.*—16 de enero de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... los Reyes siguen en buena salud, pero persiste la separación conyugal, aunque ignoro por consejo de quién y, desde luego, en contra de mi dictamen...»

28 de febrero de 1699 (Harcourt a Luis XIV): «... ayer fueron SS. MM. a comer a El Pardo, suscitándose una discusión que tomó bastantes vuelos. Se sentaron a la mesa sin decir palabra, y el Rey tuvo un vómito porque está todavía colérico. Aunque se apresuró a tomar el coche, apenas llegado a Palacio vomitó de nuevo materias muy fétidas, administrándosele algunos remedios y un caldo que también volvió. Dicen que ha pasado bien la noche, pero hoy guardará cama y están resurgiendo las inquietudes...»

12 de marzo de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... Los Reyes están bien, pero divorciados del lecho...»

27 de marzo de 1699 (Doña Mariana al Elector): «... El Rey está bien y se acabará de reponer en Aranjuez...»

9 de abril de 1699 (Ariberti al Elector): «... el Rey lleva varios días indispuerto. Parece ser que se vuelve a hinchar, tiene mala cara y apenas se le entiende cuando habla. Por fin consintieron los médicos en que se fuera a Aranjuez...»

8 de mayo de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... El Rey no está peor, pero la hinchazón y palidez del rostro da a entender el mal interno que aqueja y del cual he dado puntualmente cuenta a S. M...»

15 de mayo de 1699 (Harcourt a Torcy): «... he visto al Rey en la Capilla: sigue con mala cara y muy débil, pero no más hinchado que antes...»

24 de mayo de 1699 (Harrach al Emperador): «... Carlos II pasó con vómitos y desmayos de rúbrica. Acaba además de sufrir una caída que le magulló la nariz y el ojo sano. Seguía hinchado y arrastraba una pierna, al punto de parecer lisiado. Quiso, no obstante, presidir las procesiones del Corpus y de su octava, y paseó por las calles de Madrid su triste pergeño, afanoso de recuperar el amor de sus vasallos, sin comprender que las fieras humanas, como las cazadas en la selva, rugen contra el domador cuando le ven tullido y le devoran si pueden...» «... El pueblo no sabe ahora si debe rezar por su vida o por su muerte...»

5 de junio de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... al Rey se le para el corazón

y empeora visiblemente. Se le hinchan el vientre, las piernas y la cara. Tiene lo que se llama en Medicina hidropesía, y es de temer una gran desgracia...»

8 de junio de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... la enfermedad del Rey no se combate enérgicamente, porque los médicos encuentran más cómodo darle por incurable...»

Fines de agosto de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... el Rey no está peor que de ordinario: siempre pálido, con el rostro hinchado, lánguido, melancólico y sin resolución ninguna para nada...»

*Equivalentes palúdicos.*—2 de julio de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... El Rey asistió el 25 a la procesión de la octava del Corpus deseoso de agradar a su pueblo manteniendo esta práctica tradicional. A la hora de cenar se sintió indispuerto, sin apetito, con ganas de vomitar y dolor de cabeza. El 26 se le había pasado esta indisposición, pero el 27 se le presentó otra vez con los mismos síntomas. El 28 volvió a la normalidad y el 29 se le repitió, con asombro de los médicos, el malestar consabido, quedando el 30 libre de nuevo. Se le purgó ese día, aunque suavemente, a pesar de lo cual el día 1.º de julio no llegó a tomar el chocolate que hace siempre sus delicias. Si tuviese calentura diría que es una terciana intermitente, pero falta el síntoma de la fiebre. En mi opinión se trata más bien de un acceso de melancolía, porque empieza a tener escrúpulos de melancólico...» «... es gran pena que un hombre joven todavía parezca un anciano de sesenta años sin vigor ni alegría, pálido y caquéctico, no pudiendo atribuir todo esto a exceso de ninguna clase, como no sean los disgustos que le dan quienes más debieron consolarle. El próximo invierno se presenta muy temible para su vida...»

18 de julio de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... escribo desde el Alcázar, donde llevo ocho días de guardia y tengo poco bueno que contar. Prosiguen las reciaidas del Rey y la inquietud política. Desde el 8 de julio ha perdido S. M. el apetito y se le ha presentado la diarrea con dos, tres y hasta cuatro cámaras diarias, no obstante las purgas. El síntoma me alarma, hablando con sinceridad. Prueba que al estómago, y aun a todo el aparato digestivo, le falta el calor natural; los alimentos no son asimilados y se corrompen, y es lo peor del caso que a esa mala digestión contribuyen evidentemente los buenos humores de su organismo, puesto que S. M. evacua en un sólo día más de lo que ingiere en tres. Los médicos no le dejan tomar más que una onza de vino aguado, con lo cual no se tonifica el vientre. He tratado de convencerles de su error, proponiendo que se someta el caso a una Universidad, pero no lo he conseguido. Es un verdadero crimen purgar y sangrar a cuerpo tan débil e hidrópico y negarle los elementos necesarios para robustecerle, porque como dice el famoso apotegma: Quem non servas ti cum potuisti, hunc occidisti...»

*Diarreas.*—22 de julio de 1699 (Harcourt a Luis XIV): «... no se ha repuesto del todo el Rey. La antevíspera tuvo que guardar cama, porque continuaba la diarrea; la víspera se levantó, pero está muy débil...»

29 de julio de 1699 (la Berlips al Elector): «... El Rey está otra vez con diarrea. Lleva seis días enfermo. Se atribuye al calor excesivo...»

30 de julio de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... Mejora el Rey después de su última recaída, que fué muy inquietante. Ya come, se levanta y tiene menos hinchado el rostro. Pero siempre es de temer un retroceso en estaciones como el otoño e invierno...»

13 de agosto de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... aunque el Rey está aparentemente mejor ha tenido un desmayo repentino con pérdida de la vista y de la palabra y alteración del pulso, lo que hace pensar en el aforismo según el cual está condenado a muerte repentina quis frequenter, vehementer et sine causa liquiantur animo de repente movimur...»

*Mejoría. Dimisión de GELEEN. Jornada en El Escorial.*—24 de septiembre de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... habérsese abligado a dimitir con amenazas...» «... no estuve hasta ahora a punto de ascender a Protomédico de la Casa Real y Presidente del Colegio de Médicos de Cámara...»

8 de octubre de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... SS. MM. se divierten con la caza, la música y la comedia. Han puesto término a su divorcio y tuvieron su segunda noche de bodas en la del 5 al 6 con gran alegría de todos, porque se puede esperar la ansiada sucesión. El Rey está mucho mejor de aspecto que lo estuvo nunca, desde hace dos años, y se siente más vigoroso, sin duda por haber evacuado con las últimas cámaras sus malos humores...»

8 de octubre de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... SS. MM. están en El Escorial desde hace varios días...» «... La Reina está muy contenta y se ocupa en proveer bien a la Berlips antes de su marcha. De mí no se ha vuelto a hablar, no obstante lo cual he pedido que se me releve, pero no sé lo que dirá el Rey cuando le den cuenta de mi petición...»

8 de octubre de 1699 (al Conde de Harrach): «... El Rey se encuentra tan bien que ha reanudado su vida conyugal...»

22 de octubre de 1699 (Harrach al Emperador): «... El Rey se encuentra en cabal salud y sale de caza dos veces cada día...»

8 de noviembre de 1699 (Doña Mariana al Elector): «... Tanto el Rey como yo gozamos de buena salud...»

19 de noviembre de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... SS. MM. están muy bien de salud desde el 24 de septiembre en que vinieron a El Escorial, y no piensan marchar sino el 24 de noviembre, tras la más larga jornada de cuantas tuvieron en este Real Sitio, porque las anteriores no duraron, por lo común, sino veinte días. Ha sido inútil que yo les haya hecho presente la insalubridad del clima de El Escorial...» «... el Rey ha tomado aversión a Madrid...»

3 de diciembre de 1699 (Dr. GELEEN al Elector): «... Los Reyes regresaron de El Escorial el 1.º de diciembre muy satisfechos de la jornada, que desean repetir en primavera contra el consejo de todo el mundo. Verdad que no lo reciben de nadie de quien debieran, ni aun de los médicos...»

#### APÉNDICE V

*Edemas. Romadizo.*—6 de enero de 1700 (Harcourt): «... el Duque de Camiña vino a verme anteayer de noche y de rebozo, como acostumbra. Me dijo haber hecho su guardia de Gentilhombre de Cámara el día de Año Nuevo y tenido ocasión de presenciar una caída del Rey cuan largo es, mientras paseaba por su habitación. No consiguió S. M. levantarse por sí solo y hubo el Duque de acudir

en su auxilio con un ayuda de Cámara. No sufrió daño, pero quedó aturdido y tardó en rehacerse más de una hora. Pribibió que se llamase a médico ni boticario ninguno para que no trascendiese lo ocurrido. Se le hinchan los pies a diario y ha de cambiar de calzado entre cinco y seis de la tarde, extendiéndose el edema hasta las rodillas y alcanzando las manos y aun la lengua, a causa de lo cual se le entiende difícilmente. Hay notable retroceso en su salud desde el regreso de El Escorial...»

27 de enero de 1700 (Harcourt): «... Me ha confiado Leganés que el Rey usa a diario lavativas. En la última capilla le observé peor cara, mayor hinchazón y más debilidad en las piernas que de ordinario. Ello no le impide salir cotidianamente a paseo en una carroza durísima de muelles y a galope tendido...»

17 de febrero de 1700 (Harcourt): «... Leganés me ha dicho ayer que el Rey tiene la lengua hinchadísima, al extremo de no poder casi hablar. Pero se levanta a diario y pasea en sus habitaciones en vista de que el mal tiempo le impide salir de Palacio...»

24 de febrero de 1700 (Harcourt): «... el domingo último estaba anunciada en Palacio una fiesta de comedia; el Rey intentó asistir, pero tuvo un desmayo; le llevaron a la cama y se presentó un catarro con gran flujió de humores de la cabeza a la garganta y pecho, haciéndole toser mucho sin que le aliviase la expectoración. No mejoró el lunes, aunque me fué imposible averiguar si llegó a tener fiebre. Por la noche se le administró un enema, y previa deliberación acordaron los médicos darle ayer martes por la mañana la purga suave que acostumbra a tomar. Aunque la noche había sido inquieta se le purgó a las seis. Obró cinco veces antes del mediodía y dos después. Por la tarde hubo nueva consulta sobre si procedía purgarle hoy, segunda vez, y se resolvió administrarle una tisana o cócimiento con aguamiel. También la noche última estuvo intranquilo, pero los médicos no le han recetado sino miel rosada...» Postdata de las diez de la noche: «... Ha venido Camiña desde Palacio, adonde fué para informarse del estado del Rey. Me dice haberle impresionado su gran hinchazón en cara y ojos y una tos seca con expectoración difícil. La sospecha febril, pero la dolencia no alarma tanto como la debilidad, que aumenta de día en día...»

26 de febrero de 1700 (Doña Mariana al Elector): «... han pasado un Carnaval muy poco divertido, porque el Rey tuvo que guardar cama y purgarse, aunque cree que se repondrá pronto en cuanto pueda salir al campo, como espera ocurra en breve...»

27 y 28 de febrero de 1700 (Harrach al Emperador): «... El P. Mauro le ha dicho que la última indisposición del Rey procedió de los hechizos y que los médicos no le hacen sino daño, hasta el punto de no responder de su vida si no toma pronto las resoluciones adecuadas. El P. Mauro se compromete a curarlo muy pronto y asegurarle larga vida...»

«... la enfermedad ha tenido este curso. El 14 amaneció el Rey con mala cara y tan hinchado y débil que le costó trabajo ir a la Capilla y se temió que cayera al suelo. El 15 y 16 estuvo aquejado de fuerte tos, pero sin guardar cama. El 17 aumentó la tos y como era muy seca se le recetó por la noche un jarabe y una ayuda, mejorando algo. El 18 se levantó y recibió audiencias. El 20 se levantó, pero volvió a tener tos y se quejó de dolor de pecho y espalda. Además del médico semanero le visitó el Dr. RIVAS, por expresa voluntad del paciente. Este médico encontró el pulso alterado y ordenó que S. M. guardase cama, no obstante

la resistencia del Rey, que no quería suspender las comedias y hacer público su estado a los representantes diplomáticos extranjeros. El 22 dió señales de gran tristeza, no habló apenas y durmió desde las once de la noche a las cinco de la madrugada. Aunque el 23 se sintió más aliviado del pecho, por obra de la purga siguió inapetente y muy débil, aunque el pulso había vuelto a ser regular. En la tarde de este día celebraron los médicos consulta, que duró tres horas, y decidieron emplear remedios más enérgicos contra el catarro (romadizo) recetándole durante una semana arpinaro rosado y por la tarde aloja. La noche de ese día fué buena y desde entonces mejoró S. M., aunque perdura todavía la tos seca. RIVAS se queja de que tiene que tratarlo como a un niño de cuatro años. No teme que sobrevenga fiebre, porque el Rey no está bastante fuerte para ello y trata sólo de quitarle el catarro para que no degenera en pulmonía. Sabe todo esto por el Dr. GELEEN y BENAVENTE...

*Ligera mejoría. Planes de viaje.*—11 de marzo de 1700 (Harcourt): «... desde hace tres días sale el Rey en carroza todas las tardes, pero no le ha disminuído la hinchazón ni en el rostro ni en las piernas...»

12 de marzo de 1700 (Harrach): «... no creo que el Rey esté en situación de emprender el viaje a El Escorial, Guadalupe o Granada como se ha dicho. El P. Gabriel ha conseguido que se incomunique al P. Mauro, no permitiéndole hablar con nadie. El Confesor del Rey está quejosísimo de que no se haga ningún caso de las revelaciones del demonio y dice que si no se resuelve pronto el asunto comunicará todo al Cardenal Primado para que proceda en consecuencia. Me ha dicho Fray Froilán que el Rey está como alelado y parece haber perdido el seso ¡quiera Dios curarlo antes de que le sorprenda la muerte!...»

16 de marzo de 1700 (Harcourt): «... Hoy se volvió a la cama el Rey apenas levantado, prueba evidente de no estar restablecido como dicen...»

26 de marzo de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... SS. MM. siguen bien, pero para asegurar la salud del Rey se han dado ya las órdenes de una jornada en El Escorial el 1.º de abril, contra todos los precedentes...»

*Jornada en El Escorial.*—31 de marzo de 1700 (Harcourt): «... S. M. católica parte mañana para El Escorial...» «... se ha despedido el Confesor del Rey; otros dicen que se le ha dado licencia para marcharse, pues había dimitido espontáneamente. Tiene parte en ello el Inquisidor General, quien había mandado arrestar a un Capuchino de Niza, llegado secretamente para examinar unos embrujamientos de cuya existencia se sospechaba. Parece averiguado que el tal Capuchino, introducido por el Confesor, entró muy de rebozo en Palacio y exorcizó al Rey...»

1.º de abril de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... marchó la Corte a El Escorial, contra todos los precedentes, siendo el verdadero motivo el desagrado con que las personas reales viven en Madrid, que se les antoja Cárcel...»

8 de abril de 1700 (Harrach): «... desde que la Corte está en El Escorial es muy difícil conocer con certeza el verdadero estado de salud del Rey. Lo positivo es que no sale y que tiene las piernas hinchadas. Se asegura que la víspera y la antevíspera tuvo que guardar cama...»

22 de abril de 1700 (Harcourt): «... Acaba de decirme un médico del Rey que está enfermo y que, no obstante la purga que tomó el sábado con amplio efecto

y los jarabes que antes le recetaron, no mejora nada ni le disminuye la hinchazón y debilidad de las piernas...»

22 de abril de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... SS. MM. están en El Escorial sin novedad en su salud (él está en Madrid), pero con frío excesivo y unos vientos del N. tan fuertes y extraordinarios que se han de recluir en Palacio sin poder salir al campo...»

22 de abril de 1700 (P. González a Prielmayer): «... de la salud del Rey, desde que está en El Escorial, corren tan varias y contradictorias noticias como si estuviera en parte muy remota, no habiendo carta de las que allí escriben diariamente que confronte una con otra, dando lugar a que se inventen muchas patrañas, y como no se deja ver ni hablar sino de los pocos que le asisten, de esto mismo se arguye que está más malo de lo que quizá sea, no cabiendo el que por mero capricho se niegue el Rey a consolar a sus vasallos, oyéndoles y dándoles audiencia en los parajes en que se hallare y le buscaren, teniendo por muy extraño tanto retiro y despego, si no se halla con impedimento grave...»

3 de mayo de 1700 (Doña Mariana al Elector): «... El Rey sigue muy bien...»

*Jornada en Aranjuez.*—21 de mayo de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... el viento N. persigue a SS. MM. incluso en Aranjuez, y no hemos advertido aún la llegada de la Primavera. El Rey está relativamente bien, pero sigue pálido y vacilante al andar, porque arrastra las piernas, y presenta otros síntomas que contristan al pueblo...»

27 de mayo de 1700 (Blecourt a Luis XIV): «... la salud del Rey de España parece haber mejorado. S. M. sigue en Aranjuez y, según dicen, pasea todos los días. Los médicos, sin embargo, conservan su mala impresión. Se habla del regreso a Madrid para el 7 de junio...»

3 de junio de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... La corte volvió de Aranjuez el día de la víspera, gozando los Reyes de buena salud...»

3 de junio de 1700 (Harrach): «... hallé al Rey mejor que antes de su partida, lo cual me regocijó tanto como apesadumbra a los franceses, quienes suponían contadas sus horas...»

17 de junio de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... Siguen SS. MM. en excelente salud desde el retorno de Aranjuez. La asistencia del Rey a la procesión de la octava del Corpus produjo extraordinario júbilo, porque acredita en su restablecimiento...»

24 de junio de 1700 (Blecourt a Luis XIV): «... S. M. católica asistió el lunes 21 a una corrida de Toros, que duró desde las cuatro hasta las siete y media. Le estuve observando durante todo ese tiempo y advertí que se tenía derecho sin apoyarse en nada. Dicen que está más alegre que de costumbre...»

29 de julio de 1700 (Dr. GELEEN): «... Los Reyes gozan de excelente salud...»

*Diarreas.*—12 de agosto de 1700 (Blecourt a Luis XIV): «... S. M. católica estuvo anoche en el cuarto de la Reina; volvió al suyo hacia las tres de la madrugada, teniendo a poco vómitos acompañados, según dicen, de un desmayo...»

13 de agosto de 1700 (Blecourt a Luis XIV): «... he acudido esta mañana a Palacio, como sueño cuando está enfermo el Rey, para pedir y obtener noticias. Dicen que ha pasado bien la noche y tomado su chocolate con apetito habitual, almorzando y comiendo a la hora de siempre, aunque guarda cama por precaución.

Está severamente prohibido a los médicos hablar de su salud; se asegura, sin embargo, que el accidente fué más grave de lo que se creyó en un principio. Los médicos, después de celebrar consulta durante una hora, han resuelto purgarle mañana, para evitar la repetición del accidente, contingente que les inspira serios temores...»

13 de agosto de 1700 (Ariberti al Elector): «... el día 10, al regresar del paseo, tuvo el Rey jaqueca, y durante la noche fué hasta ocho veces a la silla. A la mañana siguiente le sobrevinieron vómitos muy abundantes. La víspera, 12, se levantó, aunque se sentía muy débil, y quiso tener música en su cuarto. El día de la fecha está en cama, pero ha comido con buen apetito, y si no sobreviene complicación podrá ir a Atocha el sábado, como de costumbre...»

21 de agosto de 1700 (P. Gabriel al Obispo de Lérida): «... El Rey está ya bueno del desconcierto que le sobrevino el día de Santa Clara...»

26 de agosto de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... No ha podido escribir últimamente a V. A. a causa de la enfermedad del Rey. Comenzó el 11 con siete u ocho cursos de vientre, el último de los cuales coincidió con un desfallecimiento de todas las fuerzas vitales, acompañado de colapso y sudor frío, que duró un buen cuarto de hora, produciendo la alarma consiguiente. Bastaron a sacarle de él los remedios y cordiales ordinarios, y no ha tomado desde entonces medicina alguna, reponiéndose con felicidad. La causa fué un vapor maligno enorme, producido por la diarrea, que le atacó el corazón y el cerebro y al que no pudo resistir dada su débil complexión. No se ha advertido convulsión ninguna que permita atribuir el achaque a la epilepsia, aparte ser normal en él este género de accidentes cuando tiene la más pequeña descomposición intestinal, razón por la cual es peligroso purgarle, incluso con laxantes ligeros, e inútil, pues además su naturaleza propende a transformar los alimentos más que en nutrición en excremento pútrido y es achaque padecido varias veces al año. Es decir, que la digestión se le perturba a menudo por falta de fuerza y calor natural. Esta circunstancia hace augurar mal para lo por venir, ya que es imposible preservarle de una recaída aun cuando observa el régimen con la máxima severidad. Su dolencia es congénita y ya se sabe que «quid ab initio naturitatis non subsistunt, tractu temporis non conualescunt...»

27 de agosto de 1700 (Ariberti al Elector): «... el Rey ha tenido una recaída que se quiere mantener oculta...»

29 de agosto de 1700 (Harrach): «... S. M. tuvo ayer fuerte vómito después de comer, pero no arrojó sino flema y nada de lo que había comido, síntoma que preocupa al médico». «Salió, no obstante, como de costumbre, y también ha salido hoy, con lo cual no se puede decir que esté enfermo. Pero el famoso doctor napolitano DONCELLI, que acaba de llegar, cree imposible que se prolongue su vida...»

10 de septiembre de 1700 (Ariberti al Elector): «... El Rey no está peor, aunque sigue con vómitos, escaso apetito y gran debilidad. El médico napolitano gana su confianza y le somete a un nuevo régimen. Le hace tomar todas las mañanas sales de absintio y le da masajes de aceite en el estómago. Se opone a la jornada en El Escorial, aunque el Rey la desea mucho...»

*Proceso mortal.*—22 de septiembre de 1700\* (Ariberti al Elector): «... la salud de S. M. ha empeorado, porque tiene más vómitos que antes, lo cual se atribuye al tratamiento del nuevo doctor. S. M. está afligidísimo y aprensivo como nunca...»

23 de septiembre (del mismo): «... desde ayer ha tenido el Rey más de una docena de cámaras, debilitándose mucho. Los médicos no se atreven a purgarle, sino muy ligeramente, y, aunque pretenden quitarle importancia al acceso, ven bien que no se puede vivir en este estado. Así lo da a entender la tristeza de la Reina...»

24 de septiembre de 1700 (Harrach): «... El Rey lleva ocho días enfermo, con gran palidez y absoluta inapetencia. Se han celebrado varias consultas de médicos que no se han puesto de acuerdo en recetar medicamento alguno y sólo un régimen muy severo, excluyendo todo alimento fuerte y no permitiéndosele beber sino agua con un poco de vino por la mañana y agua sola por la noche...» «... el día 20, estando a dieta, tuvo, a eso de las cuatro de la tarde, un gran desconcierto seguido de tres cámaras. La noche fué intranquila y el día 21 se le repitieron los vómitos y tuvo seis cámaras. No se levantó ni comió, y esa noche fué menos inquieta, pero con dos cámaras. Las del 22 fueron sólo cuatro; recobró algo el apetito, y por haber sido la noche bastante buena pareció dominada la enfermedad. Pero ayer aumentaron las cámaras hasta siete y aparecieron pujos dolorosos, restandole los médicos ayudas para corregir esta molestia, no habiendo ya movido el vientre sino a las cuatro y a las ocho de la tarde, y luego dos veces más por la noche. Hoy 24 tomó un ligero purgante que le hizo efecto, pero sigue muy débil; no tiene ganas de comer, y en el curso de la tarde ha tenido cuatro cámaras con pujos constantes. Los médicos esperan a conocer el cabal efecto de la medicina que tomó esta mañana. El peligro mayor consiste en la debilidad que no consiente remedios enérgicos y eficaces...»

25 de septiembre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... la asistencia constante a la cabecera de S. M. me ha impedido escribir. Lleva cuarenta días inapetente, y no obstante el flujo de vientre, que en otras ocasiones bastó para curarle, persiste la desgana absoluta. Está muy flaco, de palidez extraordinaria, débil, melancólico en extremo, como no lo estuvo jamás. La circulación funciona mal y, por ende, la nutrición, fallándole el estómago. Todos los alimentos, aun los más inocuos, se descomponen determinando evacuaciones frecuentes y pútridas. Se piensa en algún remedio general y heroico, por ejemplo, el acero, pero es muy de temer que no lo resista el estómago, razón por la cual nos hemos de contentar con administrarle leche de burras y otros remedios igualmente suaves. Sabe V. A. que fui siempre optimista, pero no puedo seguirlo siendo, porque únicamente un milagro retardaría lo inevitable...»

26 de septiembre de 1700 (Bleccourt a Luis XIV): «... empeora el Rey católico. Durante esta última noche y la mañana de hoy hasta las diez ha tenido diez cámaras, administrándosele después una ayuda que retuvo bastante tiempo y evacuó a las tres de la tarde. Tomó un caldo con yema de huevo y lo devolvió a medias. De tres a seis ha sufrido tres molestias intestinales más. Me dicen que parece un cadáver...»

28 de septiembre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... estamos muy alarmados todos los médicos con la enfermedad del Rey y conservamos muy pocas esperanzas. El flujo de vientre que procede de un desfallecimiento de su naturaleza persiste, así como la inapetencia y la postración. Comprenderá V. A. el estado de ánimo de la Reina, tanto más que el Rey no quiere hacer ningún testamento...»

29 de septiembre de 1700 (Harrach a su padre): «... Ayer se administró al Rey la Extremaunción...»

29 de septiembre de 1700 (Harrach al Emperador): «... El Rey no puede retener

ni los alimentos ni las medicinas y está en grave peligro de muerte. Los médicos llegaron a temer tan inminente desenlace, que se le administró el Santo Viático...»

30 de septiembre de 1700 (Blecourt a Luis XIV): «... Avisé anteayer de los rumores que corrieron de la muerte del Rey. Los rectificué ayer y acabo de saber que durmió a la una de la madrugada y despertó a las tres con vómitos pertinaces, reconcilió el sueño a las cuatro horas hasta las seis y media, tomando luego ligero alimento. Esto hizo concebir alguna esperanza, pero este mediodía se repitieron los vómitos no menos de cinco veces, las tres últimas de muy mala calidad. El médico que le conoce mejor y le trata desde hace tiempo cree que no saldrá de esta enfermedad, aunque resista acaso algunos días. Es opinión general de los facultativos que tiene un tumor en el vientre, pero no logran localizarlo, y aunque aseguran que está sin fiebre no es exacto, porque un Gentilhombre de Cámara, que tuyo su mano entre las suyas esta misma mañana, afirma haberla encontrado ardiendo...»

30 de septiembre de 1700 (Harrach a su padre): «... El Rey pasó mejor la noche y se cree saldrá de este ataque. Pero los médicos aseguran que todavía hay peligro...»

4-5 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... S. M. recibió los Santos Sacramentos el día 28 e hizo testamento el día 2, aunque se ignora su contenido, porque se guarda absoluta reserva. La enfermedad es grave; ha tenido más de doscientos cursos, perdió el apetito y está extenuadísimo, al punto de parecer un esqueleto, después de diecisiete días de dolencia. La consternación es inmensa y la Reina está afligidísima. Los médicos dicen no conservar esperanza alguna. Por mi parte no la pongo sino en Dios, pues veo que los remedios naturales no le aprovechan nada y la dieta y la purga constantes acabarían con la naturaleza más robusta, máxime con la de un enfermo tan débil que es maravilla haya resistido tanto...»

6 de octubre de 1700 (Harrach a su padre): «... la gravedad del Rey persiste. Mucha gente cree que no se trata de dolencia natural, sino de algún hechizo, pero que tampoco se le podría conjurar, porque ni el Inquisidor General ni el Confesor prestan crédito a esta versión...»

7 de octubre de 1700 (P. González a Prielmayer): «... como la enfermedad del Rey de desconcierto daba cuidado, porque desde el lunes que le entró hasta el jueves y viernes no pudo dejar la cama, haciendo muchos y copiosos cursos y repitiéndole algunos accidentes; y ahora añadiré que unos y otros se le han continuado con tanto tesón que finalmente, el día ocho de la enfermedad, recibió a Nuestro Señor por Viático, y sin cesar después el mal, sinó con algunos ratos cortos de mejoría, el domingo ordenó un testamento...»

7 de octubre de 1700 (Aribarti al Elector): «... Aunque el Rey ha mejorado, continúa la diarrea...»

8 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... pareció imposible que resistiese el Rey después de 250 cursos padecido en diecinueve días, pero empieza a convalecer, se contiene la diarrea y mejora su materia, renace el apetito y se atenúa el aspecto cadavérico, aunque no es raro que estas enfermedades adulen así antes de reaparecer con acometida más recia...»

9 de octubre de 1700 (Landgrave Jorge a Aloisio Harrach): «... la convalecencia del Rey va a permitir deshacer la obra del Cardenal que tiene ya el mal fruncés en los huesos...»

14 de octubre de 1700 (Blecourt): «... no hay modo de conocer exactamente el estado de salud del Rey. En Palacio siguen diciendo que mejora, pero por otro conducto sé que el lunes tuvo veintidós cursos, que a las diez de la noche padeció un desmayo durante el cual le dieron por muerto y que la noche la pasó muy agitada. Las de anteayer y ayer parecen haber sido mejores. No tuvo cursos, pero sí pujos, y ya no le queda sino la piel sobre los huesos. No le dan remedios en absoluto y el alimento se reduce a algunas cucharadas de caldo y un poco de bizcocho que moja en vino...»

16 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... El Rey mejora, duerme algo y come algo, y aunque está esquelético y lleno de melancolía parece que escapará de este ataque. Tiene la cabeza tan débil que se puede temer una apoplejía, una epilepsia o cualquier accidente, que quiera Dios preservarle. Por esta razón me he negado a firmar el parte facultativo dando como total el restablecimiento, hasta que pasen unos días...»

21 de octubre de 1700 (Ariberti al Elector): «... aunque el Rey no se levanta aún, está mejor de humor y aspecto, pero todavía come y duerme insuficientemente...»

21 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN a Fernando de Harrach): «... El Rey está fuera de peligro y hasta se puede esperar que tenga sucesión. Lo que embaraza es la cabeza, que S. M. tiene flaca, con melancólicos discursos y escrúpulos...»

22 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... la enfermedad del Rey fué muy grave, pues el número de cámaras grandes y pequeñas se acerca a las 400, y aunque han disminuído poco a poco hasta la normalidad le queda al enfermo una gran debilidad y una constante angustia que le hace temer todo género de males, aun sin motivo...»

27 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... Ha rebrotado la alarma desde hace tres días por haber reaparecido la diarrea. Debe habersele roto al Rey algún absceso en las entrañas a juzgar por lo fétido de la materia que de ellas sale. Ya no tiene fuerzas ni aun para levantarse, y hace sus deyecciones en la cama. No siente apetito y ha perdido la memoria hasta el punto de preguntar si ha dicho o hecho algo cuando acaba de decirlo o hacerlo...»

29 de octubre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... Acaban de administrar al Rey los últimos Sacramentos. Puede vivir aún horas o quizá días, pero sin esperanza ninguna de recuperar la salud dentro de lo humano...»

27 de octubre de 1700 (Carlos II al Elector): «... Ha encargado al Cardenal Portocarrero del Gobierno de la Monarquía...»

29 de octubre de 1700 (Harrach a su padre): «... El Rey se halla moribundo. Ha recibido la Extremaunción y, según los médicos, no le quedan sino horas de vida...»

1.º de noviembre de 1700 (Blecourt a Luis XIV): «... Una hora después de la salida del correo que envié a V. M., el Rey católico mejoró algo. Le dieron leche de perlas y descansó un poco, aunque continuó con la diarrea. A las seis tomó un caldo y descansó hasta las dos de la tarde del día 29, en que subió la fiebre. A las cuatro le sobrevino un ligero desmayo, respirando difícilmente, perdido el oído y con grandes dolores de vientre. Hubo consulta de médicos; se acordó ponerle cantáridas en los pies y pichones recién muertos en la cabeza para evitarle los vabidos; se practicó así a las nueve de la noche. Hace cuatro o cinco días que se están sacrificando carneros para aplicarle las entrañas humeantes aún sobre el es-

tómago y a flor de piel, a fin de devolverle el calor natural. Pasó al noche del 29 al 30 delirando y en continua inquietud. Tuvo catorce o quince cursos y amaneció con el rostro ennegrecido, acentuándose este síntoma hasta las diez de la mañana. Estuve en Palacio a mediodía, como de costumbre, y me dijeron que agonizaba. No tenía apenas voz, según me comunicó el Nuncio, llegado poco antes, quien acaba de verle y bendecirle junto al lecho. Nadie creía posible que llegase a la noche. Los médicos hacen cuanto pueden por prolongar su existencia, y le dieron un líquido que se llama agua de vida, que le hizo sudar cuatro horas sin interrupción y le devolvió el uso de la palabra, casi perdido desde que hace tres días le acometió un estertor continuo. A las diez de la noche de ayer estaba bastante tranquilo, no lo ha pasado mal, consiguiendo dormir y tomando tres caldos hasta las siete de la mañana. Se le creyó agónico hacia las once y se rezaron las oraciones por los agonizantes. A las diez había reaparecido la fiebre...»

1.º de noviembre de 1700 (Harrach a su padre): «... Llegó el vencimiento final. El Rey acaba de expirar a las dos y cuarenta y nueve de esta tarde...»

1.º de noviembre de 1700 (Harrach a su padre): «... El testamento se hizo público en seguida...»

Sin fecha (Ariberti al Elector): «... A las tres acaba de morir el Rey, tras una enfermedad de cuarenta y dos días...»

3 de noviembre de 1700 (Dr. GELEEN al Elector): «... Lleno de aflicción he de dar a V. A. la noticia de la muerte del Rey, acaecida el día de Todos los Santos hacia las tres de la tarde, después de cuarenta y dos días de flujo de vientre, agravados los cuatro últimos por una apoplejía...»

4 de noviembre de 1700 (Ariberti al Elector): «... la víspera por la mañana se practicó la autopsia. No tenía el cadáver ni una gota de sangre. El corazón apareció del tamaño de un grano de pimienta, los pulmones corroídos, los intestinos putrefactos y gangrenados, un solo testículo negro como el carbón y la cabeza llena de agua...»

## BIBLIOGRAFIA

- GABRIEL MAURA GAMAZO: *Vida y Reinado de Carlos II* (tomos I-II-III), Madrid, 1942; *Carlos II y su Corte* (tomos I-II), Madrid, 1911; *El Bautizo de Carlos II*, Madrid, 1910; *Supersticiones de los siglos XVI y XVII y hechizos de Carlos II*, Madrid, 1943; *María Luisa de Orleán, Reina de España. Leyenda e Historia*, Madrid, 1942.
- MAURA GAMAZO y PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA: *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España* (tomos I-II-III-IV), Madrid, 1931.
- PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA: *Mariana de Neoburgo*, Madrid, 1943.
- JUDERÍAS: *España en tiempos de Carlos II*, Madrid, 1910.
- LÓPEZ COTERILLA y MARTÍN FORNOZA: *Estudio médico de los hechizos del Rey Carlos II*. Trab. Cat. Hist. de la Med., tomo IV, Madrid, 1934-35.
- GIRARD: *L'Espagne à la fin du XVII siècle*, 1913.

VILLARS: *Memoires de la Cour d'Espagne depuis 1679 jusqu'au 1681. Ou l'on verra les Ministeres de D. Juan et du Duc de Medinaceli, et diverses choses concernant la monarchie espagnole*, París, 1733.

*Proceso criminal contra Fray Froilán Díaz, confesor del Rey Carlos II, de 1698 a 1704, con relación histórica del estado de esta Monarquía y su Gobierno*, Madrid, 1788.

*Documentos críticos que sirven como de segunda parte al proceso criminal al P. Froilán Díaz*, Madrid, 1788.

*Relación individual de todo el hecho en lo sucedido tocante a los hechizos del Rey nuestro Señor*. (Ms. B. N., G-61.)

Manuscritos de la Biblioteca Nacional (varios). Signs. 1-411-30; 1-918-61; 1-411-32; 1-218-40.